



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 138 Junio 2024

Brunilda, la valquiria predilecta de Wotan

Prodigio

Celtas y romanos en nuestras fiestas de mayo

Materialismo y visión ideal en una sociedad moderna

¿Qué es lo bueno y qué es lo bello?

Viejas tradiciones del árbol de mayo

Juramento a la sabiduría en un mosaico de Mérida

SUMARIO

4



BRUNILDA,
la valquiria predilecta de Wotan

18



Prodigio

22



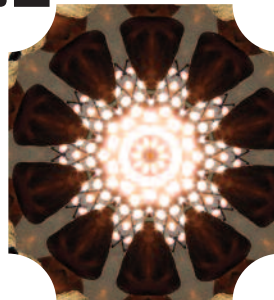
Celtas y romanos en
nuestras fiestas de MAYO

26

Materialismo y visión
ideal en una sociedad
moderna



32



¿Qué es lo BUENO y qué
es lo BELLO?

42



Viejas tradiciones del
ÁRBOL DE MAYO

49

Juramento a la sabiduría en un mosaico de Mérida



Revista digital n.º 138 Junio 2024
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

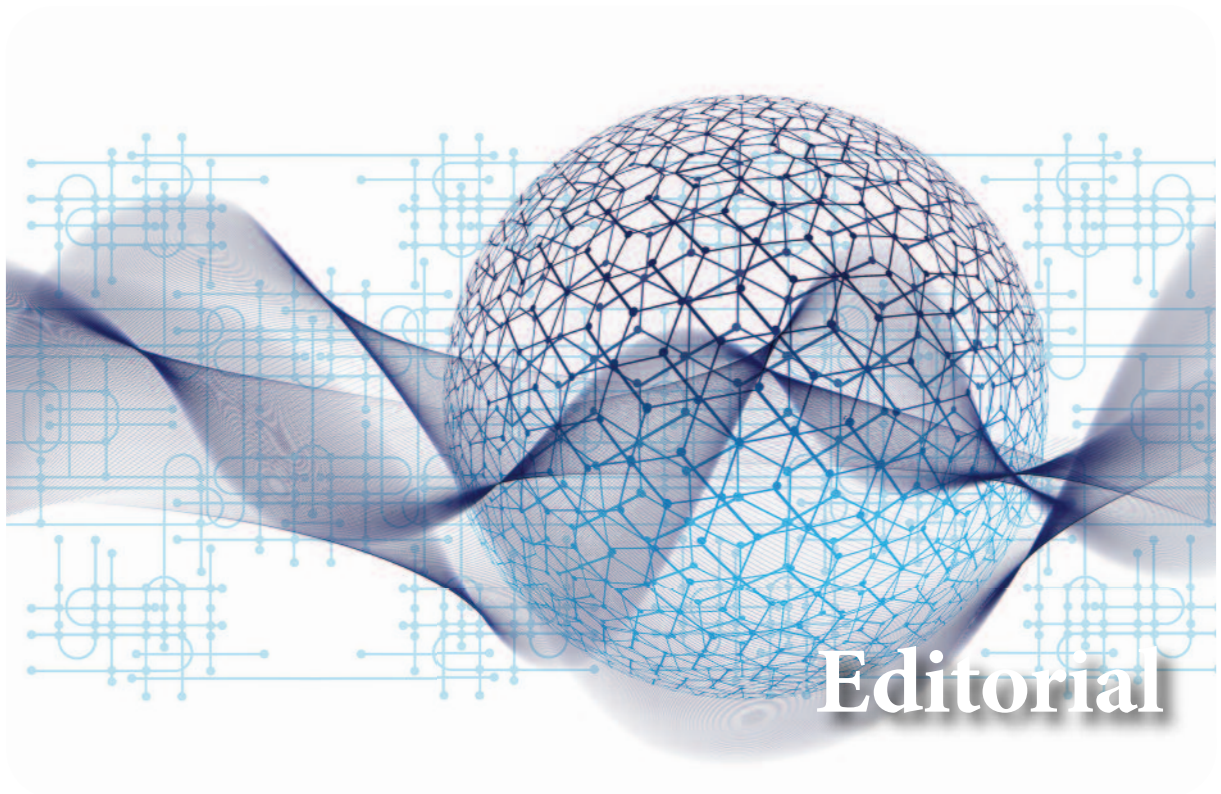
MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Figares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





La necesidad del discernimiento

En nuestras sociedades hipercomunicadas, con frecuencia tenemos la sensación de que todo está al alcance de todos, gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación. Poco a poco, vamos comprendiendo hasta dónde nos llevan los caminos cibernéticos, con su sorprendente capacidad para encontrar nuevas técnicas que parecen multiplicar nuestras habilidades, y a la vez, vamos siendo conscientes de los efectos negativos del uso de tales medios. Los estudiosos que investigan sobre este asunto están empezando a hacer sonar las señales de alerta sobre las consecuencias en el campo del desarrollo cognitivo de los menores, por ejemplo, o el de las adicciones que provocan.

Quizá uno de los problemas más serios que están causando tales medios, que como decía Mac Luhan son extensiones de nuestro cerebro, es el escaso valor que se da a la búsqueda de la verdad, lo bueno, lo bello y lo justo, que son los fines que nos caracterizan como seres humanos inteligentes.

Sin embargo, no todo está perdido, porque también el denso entramado de las redes cibernéticas nos ofrece el acceso a los mejores frutos de la cultura, de las investigaciones, de las obras humanas que hacen avanzar a las sociedades, gracias a las posibilidades técnicas que tenemos a nuestro alcance. Es verdad que hay muchos ejemplos de la presencia del mal, pero también los hay de la presencia de lo bueno, siempre que tengamos el suficiente discernimiento para encontrarlos e identificarlos.

El Equipo de Esfinge

BRUNILDA, la valquiria predilecta de Wotan



M.^a Angustias Carrillo de Albornoz

¿Quiénes son las valquirias?

Según apunta H. P. Blavatsky en el *Glosario teosófico*, las valquirias eran llamadas «las acogedoras de los muertos», y continúa diciendo: «Según la poesía popular de los escandinavos, estas diosas santifican con un beso a los héroes que sucumben en la pelea y, llevándolos del campo de batalla, los conducen a las mansiones de la felicidad y a los dioses en el Walhalla». Son «las vírgenes que asisten a las batallas y sirven de beber a los héroes en el Walhalla, sus amadas y protectoras».

Su aspecto es el de jóvenes muy bellas y atléticas, de cabello largo y rubio, ataviadas con escudo de guerra y casco alado y portando lanza, arco y una poderosa espada. Para sus correrías, viajan a lomos de espléndidos caballos voladores y son unas fabulosas amazonas, de una fuerza y agilidad extraordinarias. Habitan en el Asgard, el Olimpo escandinavo, y cuidan del Walhalla, donde preparan las mesas del gran salón en el que Wotan recibe a los héroes caídos en combate, atendiéndoles y sirviéndoles hidromiel y cerveza.

En el fragor de la batalla, excitan a los combatientes con el amor que sus encantos insuflan en su corazón y el ejemplo de su bravura en medio de la lucha. Simbolizan a la vez la embriaguez de los impulsos bélicos y la ternura de su recompensa, la muerte y la vida, el heroísmo y el reposo del guerrero. Representan la aventura del amor concebido como una lucha, con sus alternancias de éxtasis y de caída, de vida y de muerte.

Las valquirias son, quizá, las heroínas más conocidas de la mitología nórdica, las diosas vírgenes guerreras que inspiraban y ayudaban a los héroes en medio del combate y acompañaban a los caídos llevándolos en sus corceles alados al gran banquete del Walhalla, el cielo de los valientes.

Brunilda y Wagner

Brunilda es la más famosa y conocida de las valquirias. Wagner, en su tetralogía *El anillo del nibelungo* —una de las obras de arte más grandes concebidas por el ser humano—, que consta de cuatro óperas tituladas *El oro del Rin*, *La valquiria*, *Sigfrido* y *El ocaso de los dioses*, recoge sabiamente muchas de las leyendas y tradiciones nórdicas y germánicas. El material para su inmenso trabajo lo fue recopilando de diversas fuentes de la Antigüedad, principalmente de los Eddas, los libros sagrados de la mitología escandinava, y de las leyendas germanas, pero fue su genio poético el que creó una obra extraordinaria que solo le pertenece a él. Wagner consigue que, escuchando su música, experimentemos los sentimientos de todos sus personajes, pues sabe ilustrar magistralmente la poesía y el simbolismo del libreto con una música genial, dando su *leitmotiv* a cada personaje y a cada tema o situación, lo cual facilita al oyente identificarlos cuando los escucha.

En el libreto de *La valquiria*, el autor narra que estas poderosas vírgenes eran hijas del dios Wotan y de la vieja Erda, que había sido (como Metis) una diosa de la sabiduría y que, después de haber sido seducida y subyugada por Wotan para dar a luz a las nueve valquirias, había perdido sus poderes y se había retirado al interior de la Tierra, donde dormía oculta y apartada del mundo.

La psicóloga y analista junguiana Jean Shinoda Bolen, en su libro *Las diosas de la mujer madura*, refiriéndose a los cambios que se produjeron en la humanidad primitiva durante la transición de los diferentes matriarcados a la nueva época patriarcal que aún perdura, comenta: «En cualquier caso, tanto si la sabiduría reside en el vientre de Zeus como si se encuentra enterrada bajo tierra, en esencia la historia es la misma. La divinidad más poderosa es ahora un dios celestial que reina desde la cima de una



montaña, y la que una vez fuera una importante diosa de la sabiduría desaparece del escenario del mundo (...) En la mitología griega, la diosa Atenea nunca desobedeció ni perdió el favor de su padre. Es una imagen eterna del arquetipo de la hija del padre», siempre sometida a su autoridad.

Para Richard Wagner, autor no solo de la música, sino también del libreto de su tetralogía, Brunilda es, en su ópera *La valquiria*, la hija predilecta de Wotan que, llevada en primer lugar por un amor puro hacia su padre —del que conocía bien su deseo de salvar a toda costa a la raza de los walsungos—, y luego por la compasión que le inspira Sigmund, que no quiere abandonar este mundo dejando desvalida a su amada Siglinda, se atreve a desobedecer las órdenes paternas y decide salvarle la vida al héroe en su enfrentamiento con Hunding. Wotan, que en una escena anterior junto a Fricka (la Hera griega, protectora del vínculo matrimonial, que le ha estado reprochando sus escarceos amorosos) se había sentido obligado a prometerle a su ofendida esposa que dejaría morir a su hijo Sigmund en la lucha que iba a entablar con el villano Hunding, le comunica a Brunilda que se disponga a acompañar al Walhalla al héroe que ahora debe morir. Pero se da la circunstancia de que Sigmund era portador de la espada invencible Notung, que había obtenido mágicamente extrayéndola del fresno donde un día la dejó clavada su padre, y Wotan, ante la actitud de Brunilda, que había decidido salvarlo, se siente obligado a partirle en dos la espada con su fuerte lanza y el héroe cae vencido a manos de Hunding, el esposo «oficial» de Siglinda. Así, cumplía Wotan con la palabra dada a Fricka y burlaba la protección que Brunilda había decidido dar al héroe desobedeciendo la última orden del padre.

Muerto Sigmund, la consternada Brunilda se apresura a recoger los pedazos de la espada partida y huye veloz en su caballo alado con la desvalida Siglinda, que ya portaba





en su seno al último héroe de la raza de los welsungos creada por Wotan, el valiente Sigfrido. Este será el protagonista de la tercera ópera de la tetralogía.

El castigo de Brunilda

El castigo que le impone Wotan a Brunilda por su desobediencia es tremendo: la despoja de su inmortalidad y la abandona, dejándola dormida en lo alto de la roca donde se reunían las valquirias, expuesta a que el primer hombre que llegue hasta allí la despierte y la posea. En un vibrante diálogo, lleno de emoción y ternura, Brunilda expone a su padre la razón que le llevó a la desobediencia, que no era otra que saber del amor que Wotan profesaba a su amada raza de los welsungos, y suplica a su padre que le conceda al menos la gracia de que el hombre que la despierte sea un héroe, alguien que no conozca el miedo y sea digno de ella. Wotan, que al principio se niega, acepta, conmovido por el amor incondicional que le demuestra su hija predilecta, y, cediendo a su ruego, invoca a Loge para que extienda un impenetrable anillo de fuego rodeando la roca donde deja dulcemente dormida a Brunilda con un beso. Solo Sigfrido, el héroe nacido del amor de Sigmund y Siglinda, se atreverá a llegar hasta ella en la siguiente ópera de la tetralogía, que narra, como hemos apuntado, la vida del último welsungo.

El amor como redención

El principal simbolismo que apunta Wagner en *La valquiria* es el amor como sentimiento supremo que salva y redime de toda culpa. Tanto la unión matrimonial de los hermanos gemelos Sigmund y Siglinda, hijos de Wotan y condenada por Fricka, como la desobediencia de Brunilda a su padre al intentar salvar a Sigmund, son sublimadas por el amor que generó ambas situaciones. Wagner describe a lo largo de



esta obra el fracaso masculino del poder ante sus propias leyes que el principio de necesidad le obliga a cumplir, y el triunfo femenino del amor y la compasión encarnados por Brunilda. A continuación exponemos un breve resumen del argumento de esta maravillosa ópera de Wagner.

La valquiria. ACTO I

Al anochecer y en medio de una gran tormenta, llega Sigmund cansado y hambriento a la casa donde viven Hunding y su esposa Siglinda, buscando un refugio donde pasar la noche. Aparece en escena la casa con un enorme fresno en el centro, que extiende sus ramas hasta el cielo atravesando el techo. La bella Siglinda se le acerca inquieta preguntándole quién es y qué quiere. El viajero le pide un poco de agua y comienza el diálogo hablando cada cual de su triste vida. Una extraña ternura nace entre ellos mientras en la orquesta empieza a sonar nostálgico el tema del amor.

Poco después se escuchan los ladridos de los perros y los cascos de los caballos, y aparece Hunding con sus seguidores. Sorprendido al ver al forastero, dirige a su esposa una mirada inquisitiva y feroz y le dice que les prepare la cena. Observa inquieto el enorme parecido del huésped con su esposa y le conmina a que cuente su procedencia. Acepta Sigmund, no sin cierta reticencia, hablando de su padre Walse (Lobo) y de su hermana gemela, de los que no ha vuelto a tener noticias. Hunding se siente muy violento al reconocer al welsungo y, aunque le permite pasar la noche para respetar las leyes sagradas de la hospitalidad, le advierte que a la mañana siguiente los dos habrán de luchar a muerte. Luego, ordena a Siglinda que le prepare su bebida nocturna y le espere en la habitación.

Se queda solo Sigmund, invadido por la nostalgia de sus recuerdos familiares y

preocupado por su indefensión ante Hunding, recordando que un día su padre le había prometido una espada. Pasados unos minutos, vuelve Siglinda, que le ha dado a beber a su esposo un brebaje somnífero para poder quedarse a solas con Sigmund. Ante la ansiosa mirada del huésped, le enseña la espada que un día clavó un misterioso viajero en el fresno y nadie había podido arrancar hasta entonces, pues estaba destinada al más valeroso de los héroes. Sollozando le dice que ojalá él sea el elegido para poder extraer la espada y poder liberarla. Sigmund la consuela conmovido y, tras un vibrante diálogo amoroso, la escena se ilumina repentinamente con la luz de la primavera, mientras él canta la famosa «Winterstürme wichen dem Wonnemond».

<https://www.youtube.com/watch?v=NB5e62wSjEQ>

Después se acerca al árbol y arranca la espada Notung ofreciéndosela a su amada. Los dos se abrazan apasionadamente y se abandonan al amor mientras el resplandor de la luna primaveral ilumina a la feliz pareja:

«Novia y hermana eres para mí. Florezca, pues, en nosotros la sangre de los welsungos», canta Sigmund, escapando después los dos precipitadamente en una huida desesperada hacia la libertad.

Acto II

Con las luces del amanecer, Wotan llama a Brunilda para anunciarle que debe luchar por su hijo Sigmund, al que ha prometido la victoria con su mágica espada en el combate que ha de enfrentarlo al odioso Hunding, el cual le ha pedido ayuda a Fricka. Brunilda le advierte que se acerca la diosa, y Wotan se prepara para afrontar el enojo de su esposa, que viene dispuesta a defender el derecho matrimonial de Hunding.



Wotan trata de frenar la cólera de Fricka afirmando que «no considera sagrado el juramento que une a dos seres que no se aman», pero ella insiste sobre la importancia de la fidelidad conyugal, recriminándolo por sus frecuentes andanzas con otras mujeres. Se produce una violenta discusión que termina con la victoria de Fricka, haciéndole jurar a Wotan que propiciará la derrota del welsungo, arrebatándole su espada para que perezca a manos de Hunding.

Brunilda ve alejarse a Fricka con gesto triunfante y comprende lo que ha ocurrido. Conmovida, escucha las confidencias de su padre, al que nunca ha visto tan abrumado por la tristeza. Wotan le ordena cambiar la orden dada anteriormente y le dice que habrá de acompañar a Sigmund al Walhalla tras ser derrotado por Hunding.

Brunilda sabe que ese no es el deseo de su padre, pero Wotan mantiene su exigencia de que le obedezca y ella se queda sola y desanimada, mientras la orquesta describe la dolorosa tormenta de su corazón. Ve entonces llegar a la fatigada pareja de welsungos, que continúa su huida sin descanso; Sigmund intenta tranquilizar a su amada y la recuesta en su regazo para que duerma un poco, cayendo esta en un profundo sueño.

Aparece ahora solemne la valquiria para anunciarle a Sigmund que habrá de acompañarla al Walhalla. El héroe pregunta a quién va a ver allí: ¿a su padre? Sí. ¿Y podrá acompañarlo Siglinda? Brunilda le contesta que no, pues «aún debe respirar el aire de esta Tierra», comunicándole entonces que Siglinda ya porta en su seno un hijo suyo. Entonces el héroe se niega a abandonar a su amada, prefiere matarla y llevársela con él antes que dejarla sola en este mundo. Brunilda le escucha emocionada, y en ese momento decide desobedecer la orden de Wotan y salvar al héroe.

El ruido creciente de la orquesta anuncia la llegada del enemigo persiguiendo a los amantes fugitivos. Un rayo indica la presencia de la valquiria protegiendo a Sigmund,





pero en el momento en que este está a punto de asestar con su espada un golpe mortal a Hunding, aparece Wotan que, con su lanza, rompe en pedazos la espada de Sigmund y este, al quedar desarmado, es herido mortalmente por su enemigo.

Wotan, dolorido, no ha tenido más remedio que someterse a sus propias leyes, aunque no por eso deja de desear en el fondo de su corazón que algún día aparezca un héroe capaz de salvar al mundo de su caída. Sin embargo, Brunilda, que conoce bien el amor de Wotan por sus hijos, no va a obedecer sus órdenes y, aunque no ha podido evitar la muerte de Sigmund, recoge los trozos de la espada y huye con Siglinda para ponerla a salvo y proteger al hijo que lleva en su seno, escapando veloz hacia la roca para reunirse con sus hermanas valquirias.

Acto III

<https://www.youtube.com/watch?v=gqZqlsMv8Xs> (Wagner: *Cabalgata de las valquirias*).

Comienza el preludio con la célebre *Cabalgata de las valquirias*, que vuelan en sus pegasos atravesando las nubes para acompañar a los héroes caídos en la batalla y regresan a la roca. Solo falta Brunilda, que llega precipitadamente pidiéndoles ayuda a sus ocho hermanas para ella y para la mujer que ha salvado en su huida del enojado Wotan y de la que ha de nacer Sigfrido, el más valiente de los héroes. La valquiria entrega a Siglinda los fragmentos de Notung y le dice que huya hacia el bosque, donde vive el dragón Fafner, y salve la vida de su hijo.

Las valquirias escuchan horrorizadas lo ocurrido a Brunilda y le advierten de la llegada de Wotan, que aparece colérico para castigar la desobediencia de su hija predilecta. Se produce un diálogo extraordinario entre los dos, lleno de ternura y dramatismo, pues Wotan comprende el amor que ha impulsado a Brunilda a desobedecer su orden. ¿Es

tan grave lo que ha hecho? El dios sabe que la valquiria le ha sido fiel, pues ha obrado según lo que él verdaderamente quería, pero se siente atrapado por sus propias leyes, y la necesidad le obliga a castigar su desobediencia. Brunilda le pide una sola cosa: ya que va a perder su condición de valquiria y quedar expuesta a pertenecer al primer hombre que alcance la roca y la consiga despertar, que al menos este sea un valeroso héroe y no un hombre vulgar. Wotan, emocionado y con profunda tristeza se despide de su hija besándola en los ojos y arrebatándole así su divinidad. Invoca entonces a Loge para que rodee de fuego la plataforma rocosa donde ha dejado dormida a su hija predilecta y se aleja tristemente hasta desaparecer de la escena, finalizando aquí esta segunda ópera de la tetralogía.

Final del libreto de *La valquiria:* (Escena Tercera)

BRUNILDA.— ¿Fue tan infame lo que cometí, que castigas tan vergonzosamente mi crimen? ¿Fue tan bajo lo que te hice, que me humillas tan profundamente? (...) ¡Oh, di, padre! Mírame a los ojos: calma tu cólera, reprime el furor y explícame claramente qué oscura culpa, con rígida obstinación, te obliga a repudiar a tu más querida hija, cuando lo que hice fue ejecutar tu orden.

WOTAN.— ¿Te ordené yo pelear por el welsungo?

BRUNILDA.— Eso me ordenaste como Señor de las Batallas.

WOTAN.— ¡Pero después retiré mi orden!

BRUNILDA.— Cuando Fricka te enajenó el pensamiento, pues al someterte tú al suyo, fuiste tu propio enemigo. (...) No soy sabia, pero yo sabía una cosa: que tú amabas al





welsungo. Yo sabía el dilema que te obligaba a olvidar eso completamente. Tú viste únicamente lo otro, lo que laceraba tan acerbamente tu corazón: tenerle que negar a Sigmund tu protección.

WOTAN.— ¿Lo sabías y, no obstante, osaste protegerle?

BRUNILDA.— ¡Porque yo solo tenía delante de los ojos tu voluntad inicial, aquella a la que, forzado por otros, debiste renunciar! La que sigue en el combate siendo escudo de Wotan, vio lo que tú no viste: yo únicamente veía a Sigmund. Anunciándole la muerte, comparecí ante él, descubrí sus ojos, oí sus palabras y percibí la sagrada necesidad del héroe; escuché la queja del más bravo, la terrible pena del más libre de los enamorados, el desafío del más audaz de los desdichados resonó en mis oídos.

Eso hizo conmover mi corazón con sagrado temor. Tímida y asombrada, estaba allí, avergonzada, y ya solo pude pensar en servirle y en compartir con Sigmund la victoria o la muerte; ¡solo esto podía yo elegir como destino para aquel que inspiró ese amor; e íntimamente fiel a la voluntad que me unió al welsungo, me opuse a tu orden.

WOTAN.— Así, hiciste lo que yo deseaba hacer de buen grado ¡eso que la necesidad me obligó a no hacer! ¿Tan fáciles creías las delicias del amor? El dolor me rompía el corazón, me causaba rabia detener, para bien del mundo, la fuente del amor en mi corazón torturado. Mientras me volvía contra mí mismo, rabioso por mi impotencia; mientras un encendido y furioso deseo despertaba en mí la terrible voluntad de enterrar mi eterna tristeza entre las ruinas de mi propio mundo, tú te confortabas dulcemente y hallaste celestial consuelo. Te embriagaron los encantos del amor, mientras a mí, mi propio amor divino me procuraba tan solo amarguras.



Déjate guiar, pues, por tu despreocupado entendimiento; te has separado de mí. Tengo que evitarte: ya no puedo confiar en ti; separados, no podremos nunca más obrar de común acuerdo; ¡mientras te duren el aliento y la vida, ya no podrás encontrar al dios!

BRUNILDA.— Tal vez no te fue útil la alocada muchacha que, asombrada, no comprendió tu consejo; mi inteligencia solo me aconsejó una cosa: amar lo que tú amabas... Si tengo, pues, que separarme de ti y evitarte, temerosa; si tienes que dividir lo antes indivisible, mantener lejos de ti a tu propia mitad, que además te pertenecía por entero, ¡oh, dios, no me olvides! ¡No deshonres a una parte de tu eternidad, no quieras que la vergüenza la ultraje! ¡Tú mismo te hundirías viéndote objeto de escarnio!

WOTAN.— Te sometiste dichosa al poder del amor: ¡sigue ahora a aquel al que habrás de amar!

BRUNILDA.— Si debo abandonar el Walhalla, nunca más obrar y dominar contigo, obedecer en adelante al hombre altivo, no me des en premio a un jactancioso cobarde. ¡Que no sea indigno quien me gane!

WOTAN.— Te has apartado del Padre de los Combates: no puede elegir él por ti.

BRUNILDA.— Tú engendraste una noble estirpe, de ella jamás podrá nacer un cobarde: el más sagrado héroe, yo lo sé, florecerá en el tronco de los welsungos.

WOTAN.— ¡No hables del tronco de los welsungos! Al separarme de ti, me separé de él; la envidia exigía su aniquilación.

BRUNILDA.— Al separarme de ti, yo lo he salvado. Siglinda cuida el más sagrado fruto; entre dolores y penas como jamás sufrió mujer alguna, dará a luz a lo que cobija temerosa.

WOTAN.— ¡Jamás busques en mí protección para la mujer ni para el fruto de su cuerpo!

BRUNILDA.— Ella conserva la espada que forjaste para Sigmund.

WOTAN.— ¡Y que rompí en pedazos! No pretendas, oh virgen, turbar mi ánimo; aguarda tu destino; ¡no puedo elegirlo para ti! Pero ahora tengo que partir, marchar lejos; ya me he detenido demasiado; me aparto de la descarriada, no puedo saber lo que ya desea; ¡solo quiero ver cumplido su castigo!

BRUNILDA.— ¿Qué has ordenado que yo sufra?

WOTAN.— Te sumiré en un profundo sueño; ¡quien despierte a la indefensa, la hará, al volverla a la vida, su mujer!

BRUNILDA.— Si debo entregarme al sueño para ser fácil botín del más cobarde de los hombres, al menos concédeme una cosa, y te lo pido solemnemente. ¡Protege a la durmiente con disuasorios temores, para que solo un héroe, libre y sin miedo, me encuentre un día aquí, en la roca!

WOTAN.— ¡Pides demasiado, demasiada gracia!

BRUNILDA.— ¡Al menos tienes que concederme esto! Aplasta a tu hija, que abraza tus rodillas; pisotea a la fiel, destruye a la virgen, que tu lanza deshaga su cuerpo, ¡pero no la entregues, cruel, al más ultrajante oprobio! ¡Manda que arda un fuego, que rodee la roca ardiente llamarada! Que lama su lengua y muerdan sus dientes al cobarde que, insolente, se atreva a acercarse al amedrentador peñasco.

WOTAN.— ¡Adiós, osada, magnífica niña! ¡Tú, de mi corazón el más sagrado orgullo! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! Si he de evitarte y no puedo volverte a ver, recibe, amoroso, mi saludo; si nunca más debes cabalgar a mi lado, ni presentarme la hidromiel en el



banquete, si he de perderte, a ti, a la que amo, riente gozo de mis ojos, ¡que arda ahora para ti un fuego nupcial como jamás ardió para novia alguna! Que ardiente llama rodee la roca y con devorador horror ahuyente al pusilánime: ¡que el cobarde huya de la roca donde duerme Brunilda! ¡Que solo uno pretenda a esta novia, uno más libre que yo, el dios!

[Brunilda cae, conmovida y entusiasmada, sobre el pecho de Wotan; él la abraza largo rato}

En estos luminosos ojos que a menudo yo acaricié sonriente, recompensando con un beso tu conducta en el combate, cuando balbuciente fluía de tus divinos labios la loa de los héroes; estos dos radiantes ojos que a menudo me iluminaron durante el ataque, cuando la esperanza me abrasaba el corazón, cuando a las delicias del mundo aspiraba mi deseo desde el temor trémulo: ¡Por última vez me solazo hoy en ellos y les doy el último beso del adiós! Mientras para el hombre afortunado brilla su propia estrella; para el desdichado eterno, la suya debe apagarse.

[toma su cabeza entre las manos] ¡Así se aparta de tu lado el dios, así te quita con un beso la divinidad! [la besa largamente en ambos ojos, la guía con delicadeza, y la deposita, tendida, en una pequeña elevación musgosa, sobre la que extiende su amplia enramada un abeto. La contempla y le cierra el yelmo; sus ojos se detienen después en la figura de la durmiente, que ahora ha cubierto totalmente con el gran escudo metálico de la valquiria. Después avanza con solemne decisión al centro del escenario y dirige la punta de su lanza contra una poderosa peña]

¡Loge, escucha! ¡Dirige tus oídos hacia aquí! Igual que te encontré por primera vez, siendo ígneo fuego; como un día te me escapaste convertido en errabunda llama, ¡igual que entonces te até, te ato ahora! ¡Arriba, oscilante llama, rodea de fuego la roca!





[a continuación golpea tres veces en la roca con la lanza]

¡Loge! ¡Loge! ¡Ven aquí!

[De la peña brota un rayo ígneo que poco a poco crece formando una llamarada más clara. Estalla un brillante fuego flameante. Luminoso arder rodea con salvajes llamaradas a Wotan. Este indica con la lanza imperiosamente al mar de fuego que rodee el círculo del borde rocoso formando una corriente; al punto, esta se arrastra hacia el foro, donde ahora arde continuamente alrededor del borde de la montaña]

¡Jamás atraviese el fuego quien tema la punta de mi lanza!

[Extiende la lanza como para el conjuro. Después mira apenado a Brunilda, se vuelve lentamente para partir, y aún mira una vez más hacia atrás hasta que desaparece a través del fuego].

Prodigio

DERBY MOTORETA'S BURRITO KACHIMBA



Juan Bara

Y por fin llego abril. Los fans de DMBK, entre los cuales me incluyo, esperábamos ansiosos la llegada de su nuevo disco *Bolsa amarilla y piedra potente*. Los dos *singles* de adelanto nos hacían presagiar sorpresas agradables. Por una parte, *La fuente* al más puro estilo *stoner*, un chorro de energía fácilmente identificable con DMBK. Y la sorprendente *Manguara*, con inclusión de sintetizadores y la voz de Dandy Piranha dándolo todo.

Sigo al grupo casi desde sus inicios y me impactaron gratamente al escucharlos por primera vez con su *Nana*, homenaje a Camarón. Aparte de su calidad musical, el sonido que aportan al rock es bastante original. Sus influencias son fácilmente identificables: rock psicodélico, *stoner*, toques progresivos y matices de flamenco, aunque, como ellos dicen, cuando alguna canción se parece demasiado a Triana, la desechan. Tampoco esconden su predilección por King Gizzard & The Lizard Wizard (grupo australiano de rock psicodélico).

En su primer disco hay verdaderas joyas, como *SamarKanda* o *Grecas*; con esas maravillosas partes centrales instrumentales mezcla de psicodelia y progresivo, vamos la «kinkidelia». De *Hilo negro* es difícil destacar algún tema: todos son buenísimos.

Con *Bolsa amarilla y piedra potente* aún estoy en la fase de asimilar los nuevos sonidos. Tras escuchar varias veces el disco me han impactado, además de *La fuente*, *Ef Laló*, con claras reminiscencias a Lole y Manuel, *Pétalos*, con esos *riffs* del final sublimes, y el tema que he escogido para el filo-rock de hoy: *Prodigio*.

Tratar de desentrañar el significado de sus letras es tarea harto difícil. Ese es uno de los propósitos de Dandy, letrista de la banda. Las metáforas presentes en las composiciones son algo premeditado; seguramente también eso forma parte de la *kinkidelia*. Sin embargo, en *Prodigio* nos cuenta una moderna versión de *Las Bacantes* de Eurípides.

*Ya cayó la noche y bailaran
como las fieras.
La hiedra va trepando en el altar.
De boca en boca corre el vino del ritual,
la muerte nunca llegará.*

Una mirada a Grecia

Las bacantes eran mujeres sagradas que el dios Dionisos habría llevado y traído de India en su viaje. Más tarde recibirían este nombre todas las jóvenes que intervenían en su culto. Se les atribuye una serie de prodigios. Entre otras cosas, tenían una fuerza sobrehumana y la capacidad de hacer brotar fuentes de agua. Para ello se ayudaban del tirso, una vara con hiedra entrelazada que acaba coronada con una piña de pino cargada de semillas. Simbolizaba la fecundidad y la abundancia de la vida. De ahí su relación con el agua y las fuentes.

En el mundo clásico, lo que conocemos como dioses no eran un invento de los seres humanos ante el miedo a la muerte o a las fuerzas de la naturaleza, tal como pretenden hacernos creer ciertas corrientes críticas con el llamado paganismo. Para los antiguos griegos y romanos, los dioses eran potencias naturales vivas que existían independientemente de los seres humanos. Ocuparon el centro de su civilización y de sus existencias, eran realidades trascendentes que influían en sus vidas y también en su arte y su filosofía.

Utilizaban los mitos para hablar de sus dioses. Los mitos introducen símbolos, y estos sirven para explicar la relación entre el mundo de los arquetipos platónico y nuestro propio mundo. El mito utiliza un lenguaje primordial. A través de imágenes y metáforas



tratan de acercar profundas enseñanzas a la vida cotidiana del ser humano. Para comprender la sabiduría que contienen, es aconsejable dejar de lado las ideas preconcebidas y tratar de comprender el lenguaje que expresan los símbolos.

En el mito de Dionisos se describe una serie de ceremonias en las que participaban las bacantes, donde pasaban una serie de fenómenos que se alejaban de lo que llamaríamos normal. Se ha querido interpretar que este furor en el caían las bacantes era causado por drogas y excesos en el alcohol, así como el desenfreno sexual.

Esa mala interpretación del culto al dios hace que comúnmente solamos entender la parte más burda de Dionisos, su relación con el vino, las juergas... Pero, en realidad, el culto a este dios es de difícil comprensión. Sus ritos místéricos eran muy esotéricos.

Para que podamos entenderlo mejor, sería algo similar a como si dentro de miles años encontráramos un texto describiendo el ritual de la eucaristía y la única interpretación que pudiéramos concebir consistiera en que en ese rito «se comía el cuerpo y se bebía la sangre» del fundador de la religión. Es evidente que estamos hablando de símbolos que encierran un significado espiritual y trascendente.

El culto a Dionisos donde participaban las bacantes consistía en ceremonias religiosas solo para mujeres. Curiosamente, las malas interpretaciones de estas ceremonias, referidas solamente al contenido sexual, están hechas por hombres que no tuvieron acceso a ellas; por tanto, debemos desconfiar de estas interpretaciones.

Para la religión griega, Dionisos es símbolo de lo bueno y lo bello que tenemos dentro, que nos hace buscarlo incansablemente fuera. Nuestra parte dionisiaca sueña con crecer y elevarnos interiormente.





Hijo de un dios, Zeus, y una mortal, Semele, es la semilla de lo divino en el ser humano. Para los griegos también representaba la virtud del entusiasmo, que significa estar inspirado por la divinidad.

Si un ser humano está inspirado por un dios (está entusiasmado), parecerá que es un loco para los humanos. Platón nos explica en su diálogo *Fedro o de la Belleza*, que los antiguos, cuando le pusieron nombres a las cosas, no consideraron ese tipo de «locura» como algo vergonzoso ni como algo despreciable, siempre que tuviera origen divino.

Muchos grandes personajes de la historia o de la ficción estuvieron «poseídos» por esa locura dionisiaca. Y ese era el sentido de las ceremonias dionisiacas: escapar por un momento de lo cotidiano e intrascendente y rozar por un instante lo eterno, lo que perdura más allá del tiempo.

Dionisos es también símbolo de la eterna juventud, la juventud del alma, que es capaz de superar los cambios de la vida, más allá de los problemas, de los altibajos, de las enfermedades, de la vejez física.

Si repasamos la historia, nos daremos cuenta de que los grandes personajes que causaron impacto en la evolución de la humanidad estuvieron poseídos por ese furor dionisiaco que es el entusiasmo. Todos tenemos una parte divina, hija de Zeus, y una parte humana, hija de Semele. La elección es clara: participar de la locura dionisiaca y olfatear el perfume de lo divino o podemos conformarnos con lo cotidiano, que, aunque es humano, no permite traspasar nuevos horizontes.

Hay una gran diferencia entre ser arrastrados por la historia y ser partícipes en la construcción de un mundo mejor.

Es nuestra gran elección.

Celtas y romanos en nuestras FIESTAS DE MAYO

Christine Schramm

La noche del 30 de abril al 1 de mayo ocupa un papel especial en la cultura europea. Así, en esta fecha exacta, desde los celtas hasta los romanos, encontramos numerosos ritos y ceremonias que conectan al hombre con las fuerzas del cosmos y la naturaleza.

El propio nombre del mes, que se remonta a la diosa Maia, señala la importancia de despertar la fertilidad de la materia mediante el retorno de la luz en el cielo.

En las costumbres europeas en torno a esta fecha, encontramos las raíces de este momento de la naturaleza en los cultos y fiestas de Beltane, Bona Dea y el Walpurgisnacht.

Beltane, la fiesta celta de mayo

En la tradición celta, el 1 de mayo marcaba el comienzo del verano y, por tanto, de la estación de crecimiento en la naturaleza. En esta ocasión, en la noche anterior, se celebra la fiesta del Sol Radiante, Beltane (Beltaine), que es una de las cuatro fiestas del calendario anual celta.

El nombre Beltane deriva, por un lado, de Bel, 'radiante, brillante' y *tene/teine* 'fuego' y también se asocia con el dios celta Belenos. Los romanos reconocieron en él a Apolo, y por la raíz de la palabra y el simbolismo hay una conexión con el dios germánico Baldur y el dios sumerio Baal.

Belenuntia es la palabra celta que designa al beleño alucinógeno que, curiosamente, se llama «hierba de Apolo». Quizá haya aquí un rastro de las leyendas de los bailes de brujas que surgieron en torno a la Noche de Walpurgis.

Mitológicamente, Beltane coincide con el día de la llegada de los «Tuatha De Danann» a Irlanda, que quemaron todos sus barcos tras el desembarco, lo que, según la leyenda, fue el primer fuego sagrado. Los «Hijos de Mil» también desembarcaron en la isla el 1 de mayo.

Todos estos símbolos y leyendas indican que Beltane representaba una fiesta de nuevos comienzos. El encendido del fuego, la llegada de la luz después de los oscuros meses de invierno, ocupa un lugar central en él —la luz indispensable para la fertilidad del hombre y de la naturaleza—.

Cuenta la tradición que en la noche del 1 de mayo, se apagaron todos los fuegos del hogar y un druida encendió un nuevo fuego en la colina de Uisneach. Se dice que fue visible hasta el interior del país y que con él se reavivaron los fuegos del hogar. Durante las excavaciones se encontraron restos de ceniza de siglos de antigüedad en este centro geográfico y ceremonial de Irlanda. Se dice que las cenizas de este fuego sagrado se esparcían por los campos para hacer fértil la tierra.

Con el tiempo, la costumbre se amplió y se encendieron dos grandes hogueras entre las que se conducían los animales. Se suponía que tenía un efecto limpiador y protector contra las enfermedades y los poderes mágicos malignos y se siguió practicando en varios países hasta el siglo XIX.

La gente también saltó sobre el fuego en previsión de las bendiciones de los niños y la felicidad.

Los celtas decoraban sus casas y establos con ramas verdes frescas en Beltane y celebraban una fiesta de la alegría de vivir, en la que se festejaba el crecimiento y el desarrollo de la naturaleza con música y danza. Era la fiesta de la gran boda de los dioses, el matrimonio del cielo y la tierra y, por tanto, de la fertilidad, que se expresa en el símbolo del mayo.

Bona Dea

En el Imperio romano, el culto a Bona Dea, la «diosa buena», se introdujo en el siglo III a. C. Su ritual público tenía lugar el 1 de mayo en su templo y estaba reservado solo



a las mujeres. Las raíces esotéricas se encuentran en los ritos secretos de la Bona Dea, que eran celebrados por sacerdotisas y vírgenes vestales en la noche del 3 al 4 de diciembre. De ellos, solo se ha filtrado al público el hecho de que los hombres estaban estrictamente excluidos, e incluso los animales masculinos eran retirados de la casa. Había una sala festiva decorada con hojas de parra, y la música y la danza eran componentes importantes. El vino se llamaba «leche materna» en el lenguaje cultural y la vasija de vino se llamaba «jarra de miel». Se dice que en su templo se guardaban todo tipo de hierbas y serpientes.

Bona Dea, la «diosa buena», representaba la fertilidad, la curación y la virginidad. Su verdadero nombre se mantuvo en secreto, y parece representar la fusión de dos deidades, donde una de las raíces conduce a Grecia, a «Agathe Theos», que también era un nombre de Hygieia. Esto explica los símbolos de la serpiente en sus imágenes y la tradición de que las sacerdotisas de Bona Dea deben entenderse también como médicos (*collegia Bona deae*).

El nombre de la diosa indígena no se ha transmitido, por lo que se identifican otras numerosas diosas en Bona Dea.

Para Vergil correspondía Bona Dea a la diosa Maia, considerada la madre de Mercurio y la compañera de Vulcanos. Esto se muestra en la costumbre de los «fuegos de mayo» y se refleja en su símbolo de la moneda.

Su conexión y las leyendas sobre la diosa Fauna se han derivado posteriormente de las celebraciones del culto secreto. Era la casta esposa de Fauno, que la golpeó hasta la muerte con una rama de mirto después de haberse emborrachado a escondidas. Según otra versión, es la hija de Faunus, que no deja de acosarla, pero solo pudo acercarse a ella después de haberse convertido en serpiente.



La Bona Dea nos lleva a las raíces esotéricas de los misterios de lo femenino y la fertilidad, fue demonizada en la Antigüedad tardía y se convirtió en el blanco de la hostilidad cristiana.

Walpurgisnacht

En el norte y centro de Europa, el simbolismo de Beltane parece unirse al culto femenino de Bona Dea en forma de «Noche de Walpurgis», la noche del 30 de abril al 1 de mayo, también llamada «quema de brujas».

Curiosamente, el nombre deriva de la santa cristiana Walburga (710-780 d. C.), una monja benedictina del sur de Inglaterra que llegó a ser abadesa en el sur de Alemania. El día de su conmemoración se trasladó al 1 de mayo en la Edad Media, día de su canonización. Debía de ser un contrapeso del pueblo a los santos populares y a los cultos paganos.

Tal vez llevó el culto de Beltane a la Europa continental, donde se produjo una conexión con el culto romano de Bona Dea.

Quizá sea por eso por lo que esta noche se considera la noche de las brujas que causaron estragos en Blocksberg. En los nueve «días a Walpurgis» anteriores, se decía que las brujas rondaban («Walpern»), por lo que se tocaban las campanas para ahuyentarlas. Hoy en día, *walpern* o *brujulear* significa jugarle una mala pasada a alguien y mover algo que no está fijado.

Muchos ritos de Walpurgis se encuentran en las costumbres de los pueblos. El patio se protegía golpeando con látigos por la noche y se arreglaba con escobas y arbustos.

El comienzo de la estación cálida se celebra con el «baile de mayo» y el «*Maisingen*». Incluso en la Suiza calvinista, a pesar de la prohibición de la música y el baile durante 150 años, han sobrevivido los llamados «*Tanzbödeli*», donde la gente celebraba en secreto.

Un «fuego de brujas» o «fuego de mayo» muy extendido en Alemania, se supone que ahuyenta los malos espíritus. Para ello, se colocaban brujas de madera en el fuego y se quemaban. Se dice que el paseo entre dos hogueras de Walpurgis —otro paralelismo con Beltane— tiene un efecto limpiador y aleja las enfermedades, ya que Walpurgis era un santo patrón contra las epidemias.

Así, el 1 de mayo suele tener muchas costumbres al servicio de la salud física. Un baño en este día es una bendición especial.

Como fiesta de la fertilidad de la naturaleza y del hombre, era una fiesta de los enamorados que querían llamar a la suerte saltando sobre el fuego, lo que se encuentra de nuevo en la costumbre del árbol de mayo.

Estos tres cultos conservan mensajes supratemporales comunes que se expresan en costumbres y leyendas y pueden convertirse en puertas que abren espacios para una conexión viva con las ideas arquetípicas.

Bibliografía

Frances Bernstein: *Frauenweisheit der Antike*; 2001 dtv Verlag.

Konrad Ziegler: *Der kleine Pauly. Lexikon der Antike*; 1979 dtv Verlag.

John und Caitlín Matthews: *Lexikon der keltischen Mythologie*; 1997 Seehammer Verlag.

Datenbank zur europäischen Ethnologie/Volkskunde; 2021 www.sagen.at

Monika Dockter: «Beltane – Das keltische Maifest»; 2021 www.gruene.Insel.de

MATERIALISMO Y VISIÓN IDEAL en una sociedad moderna



José Carlos Fernández

Las series surcoreanas

Si hablamos con jóvenes o nos informamos de ello, sabremos ya del avasallador empuje del llamado *k-pop*, o pop coreano (de Corea del Sur, evidentemente), que ha sustituido al europeo o al americano, cansados ya de sí mismos, y extenuados salvo excepciones.

Y no es solo un modelo emergente de una sociedad de consumo que, con productos más frescos (no son lo mismo las actuaciones de los ochenta que las de ochentañeros) sustituye al anterior. De la sociedad de consumo «*american way of life*» a la hipersociedad de consumo coreana, en la que en tu *curriculum vitae* laboral debes incluir las operaciones quirúrgicas de embellecimiento (un signo de cortesía confuciana hacia el prójimo de las clases sociales adineradas; las demás, las que no pueden, deben ser plebe inmunda). Ya sabemos que las imitaciones son mucho más desmedidas que los originales, o sea, más papistas que el papa.

Corea del Sur se nos ofrece como una sociedad que prueba que el capitalismo funciona... ¿pero funciona realmente, hace a la gente más feliz, más consciente, más útil a los que le rodean?

Una atenta observación de sus frutos culturales nos indican:

Culto exagerado al cuerpo (lo que significa visión desenfocada de lo espiritual y angustia futura garantizada), con hiperdelgadeces (que deben ser anoréxicas las más de las veces), acento sobre las escenas de comidas y de gustos sensoriales, falta de madurez emocional, en que el romanticismo meloso es más de adolescentes, y consecuencia quizás de una infancia robada por los excesos de trabajos, en la que por competitividad

(según la visión de los padres) duermen cuatro horas y no llegan a vivir como niños. En una sombría interpretación de la filosofía confuciana, nos es difícil sentir los valores trascendentes. Ya sabemos que en Confucio lo importante es el orden en la sociedad, en la familia, en las relaciones jerárquicas laborales o de edad, pero este orden debe ser el reflejo del cielo en la tierra, el Li, un espejo de los principios eternos en el aquí y el ahora, y lo terrestre, bien ordenado, diamantino, debe permitir elevar un corazón ardiente hacia lo alto y decir con el Maestro: «¡Qué grande es la ley del deber del hombre sabio, es un mar sin orillas!». Si no es así, es confucionismo sin alma.

Y de este modo, como me decía un amigo filósofo de una sociedad semejante, la japonesa, no vemos al individuo afirmado sobre sí mismo, revelando la verdad eterna de que cada uno es portador naturalmente, sino una garra del mundo o una pieza de máquina del sistema. No vemos a la sociedad verticalizada por la llamada de las estrellas y valores eternos, sino pesando cada vez más sobre sí misma y sin saber hacia dónde ni cómo ir a largo plazo. La infancia moralmente abandonada, la vejez casi excluida, y los adultos con explosiones (*burn out*) de estrés por acumulación de años y años de presión insufrible.

Estos son indicios, como dice Hamlet de que «algo huele mal en Dinamarca». Y, sin embargo, también es cierto que las sociedades son complejas, que las joyas centellean a veces en los estercoleros, o que el telar del tiempo y las fuerzas luminosas y oscuras que luchan en su presente hacen que veamos, en el ejemplo de la religión cristiana y el siglo XIII, en plena actuación, la brutal crueldad de las Inquisiciones y la mística de los franciscanos, cara a cara.

En mi opinión, una de estas joyas que iluminan desde lo estético y ejemplar el alma y la llenan de esperanza son las historias de palacio del Imperio Joseon, dentro del K-drama. El bello romanticismo del cine coreano, del k-drama, es famoso en el mundo entero en series como «Aterrizaje de emergencia en tu corazón», o en «Woo, una abogada extraordinaria», deliciosas de ver, o en películas de acción de un suspense puramente humanista como «Lluvia de acero».

Dentro de este k-drama, hallamos todo un género, semejante en su prodigalidad (que indica su difusión en el mundo) a los westerns americanos, con parámetros fijos, casi ceremoniales, pero con una infinidad de variantes en sus guiones y en las situaciones que generan. Es el de «Historias de palacio de la dinastía Joseon», en que el encuadramiento (la psicología y moral neoconfuciana, el palacio, los vestuarios, la organización social) es perfectamente histórico, pero la historia como tal no. Y siempre una historia de amor que llena con los más puros sentimientos hasta los intersticios la acción, como la sangre alimenta a cada una de las células gracias a los capilares. El amor baña la tragedia, el drama y lo cómico (también en abundancia) de estas historias de palacio, como cuando una esponja se sumerge en el mar, y hasta el más mínimo de los detalles es cuidado para que no se pierda ni un átomo de este amor que, como decían los filósofos presocráticos, mantiene la cohesión de todo lo que vive. Y para que este sobreviva, y para que los héroes confucianos protagonistas derramen el bien sobre la sociedad entera, vemos grandes sacrificios y luchas a muerte contra la corrupción en la política y en el palacio, corrupción que es uno de los elementos comunes no solo de nuestra sociedad, sino de estas historias de la dinastía Joseon.

Características principales

He visto las series completas de *El afecto del rey*, *La historiadora novata*, *Cautivar al rey* y *La luna abrazando al sol* y me he quedado estupefacto con cada una de ellas, extasiado con la belleza de sentimientos, de heroicidad, de paisajes, de vestuarios y con la más ínfima delicadeza de los detalles, destinados a conmover, en una especie de catarsis semejante a la de los mejores momentos de la tragedia griega, con Esquilo, Sófocles o Eurípides. Algunos tan chocantes —por ejemplo, *Cautivar al rey*—, que vi en un solo día sus casi veinte horas.

Hay decenas de ellas más que desconozco, y evidentemente hay que ser prudente en este camino, pues en general, el *k-drama* tiene todos los ingredientes para ser muy adictivo. De estas que he mencionado puedo destacar:

1-La enorme tensión psicológica del drama, en el estilo lento, oriental, que para quien no está acostumbrado puede ser desesperante, pero que permite ir aumentando la fuerza emocional de lo que sucede y alimenta toda una estética que es alimento para el alma.

2-El cuidado de los detalles, los mínimos gestos de la cara, las filmaciones muy de cerca, los movimientos de cámara lentos, casi milimétricos, la sabia elección de la música que va creando un ambiente emocional y que es continua, unido a canciones muy bellas y melódicas, de gran romanticismo. Todo ello va conformando un lenguaje que sumerge en una gran emotividad. La sabia combinación de lo trágico, el tono normal, pero exquisito, y lo cómico envuelve al espectador y lo arrastra, casi sin darse cuenta a través de las horas y horas de filmación.

Uno de los mayores estudios de filmación al aire libre se encuentra en Gyeonggi, Corea del Sur.



3-El ejercicio de las polaridades humanas, de los roles de cada edad y sexo, muy determinados, y por una cultura que hizo del orden confuciano su bandera es también muy atractivo, en un mundo sin valores y de modernidad líquida, en disolución, tal y como tan bien describió Zygmunt Bauman. El hombre es malvado, vulgar o todo un caballero, principesco, perfecto en el uso de las armas y en el ejercicio de las letras, que cuida y protege a su mujer. La mujer será vulgar, maléfica o, en el caso de las protagonistas, una verdadera dama, delicada en sus gestos, armoniosa en su discurso, sabia consejera y al mismo tiempo con una gran fortaleza moral, pero que valora ser protegida por el caballero, sobre todo cuando lo ama. El caso de la serie *El afecto del rey* es diferente, y llega al culmen de la fusión de valores, al más puro estilo shakesperiano del andrógino, porque es una mujer disfrazada de hombre que debe ejercer como príncipe y luego rey, semejante así a la Porcia de *El mercader de Venecia*.

4-El ejemplo de prudencia de las protagonistas en las series que mencioné antes es proverbial, un arquetipo de recta acción, siguiendo el deber. Y recordamos lo que decía el sabio hindú Nilakantha Sri Ram, de que la «recta acción» no es solo la desinteresada inegoísta, sino que es mucho más. Incluye las cualidades de inteligencia, delicadeza, diligencia, responsabilidad, discreción, inocencia, perseverancia y justicia. Es difícil retratar a alguien en acción con todos estos valores y, siguiendo al Bhagavad Gita, podemos afirmar que la recta acción es la suma condición humana. En las series mencionadas las protagonistas son aureoladas con estas virtudes en sus actos, la prudencia como reina, y por lo tanto, se convierten en ejemplares, en pura pedagogía, y siempre con un gran sentido de humanidad. Por lo que verlas se puede convertir en un «baño purificador», en un recuerdo de lo que está bien, de dónde está la estrella de nuestros anhelos. Así lo comprobamos en el príncipe Lee Hwi en *El afecto del rey*; o en Goo Hae-ryung en *La historiadora novata*; en Yeon Woo en *La luna abrazando al sol*; en Kang Hee-soo en *Cautivar al rey*.

5-En una sociedad descreída y cínica como la nuestra, que hacemos mofa de todo tipo de valores y somos indiferentes a todo aquello que pueda venir del pasado —pues así han amasado los Amos de la Caverna y las fuerzas disolventes la arcilla de nuestra naturaleza hasta convertirnos en «masa humana», en que sucumben el verdadero individuo y la mejor tradición—, estas series, en vez de irse a tiempos futuros estúpidos, tipo Marvel, vuelven a la magia y mística de siempre, y a las fuerzas eternas del corazón humano. Las acciones y escuelas de magia y chamanismo en *La luna abrazando al sol*, sus modos de trabajar en lo invisible, para bien y para mal (en esta última, por ejemplo, las ceremonias para exorcizar los eclipses y renovar la sociedad tras el caos que los acompañan), las ceremonias confucianas de todo tipo y con todo detalle y un largo etcétera, atraen al espectador, sea o no coreano, y hacen vibrar, no sabemos por qué ni cómo, nuestras fibras más profundas. Nos hacen sentir que hay un mundo más natural, más en armonía con todo lo que nos rodea, desde bosques, ríos y fuentes hasta el prójimo, con sus paisajes también sedientos de luz y vida, de orden y belleza. Que hay un lenguaje que nos permite acercarnos a ese mundo sin alienaciones, drogas psicológicas o escapismos. Nos hacen sentirnos más buenos, más justos y más sabios, quizás porque lee en los más profundos pliegues del alma humana. El deber es deber. El honor es honor. La lealtad es lealtad. La amistad es sincera y se es verdaderamente responsable de lo que se ama. Qué importa todo lo demás, y ¿no justifica todo ello la



Entrevista de Park Eunbin y Rowoon CNTV "The King's Affection", octubre de 2021

misma vida, y el mismo elixir del tiempo que se nos ha dado, para usarlo por aquello que sea realmente válido, en vez de por apariencias, por nada, o por más y más deseos y miedos que nos hacen más y más esclavos?

El afecto del rey

Respecto a la serie *El afecto del rey* (*The King Affection*), emitida ya finalizando el año 2021 en la televisión surcoreana, está basada en el cómic o manga (*manhwa*, en coreano) *Yeonmo* de Lee So-Young, que sitúa la acción en torno a 1480, la época de consolidación económica y cultural del Imperio, con los confucianos (*sarim*) colaborando con la política de la corte.

La historia narrada es puramente ficticia. Un príncipe destinado a gobernar tiene gemelos. El malvado abuelo de la protagonista, lord Shangeon, convence al rey de que es un mal augurio e inaceptable para ellos, y de que debe ejecutar a la recién nacida y a todos los que saben que hubo gemelos. El rey cede, el príncipe heredero también y se convierten en cómplices del delito, y a través de ese complejo de culpa el abuelo comienza sus juegos de codicia y asesinatos controlando poco a poco para su favor personal toda la política del país. Pero la madre de Lee Hwi (y de su hermano gemelo) consiguió salvar a esta, haciéndola pasar por muerta con técnicas de acupuntura y la entregaron de modo secreto como huérfana a un monasterio budista para que la educaran.

El destino hace que, siendo adolescentes, se reencuentren ambos hermanos, intercambien papeles (para así ser el heredero del príncipe heredero más libre y hacer lo que quisiera fuera de palacio), y al final asesinan al mismo, pensando que era su hermana gemela. Ella, la protagonista, debe asumir un papel masculino, como hijo del


príncipe heredero, como príncipe heredero después y luego como rey, sabiendo que si descubren el engaño le está casi garantizada la pena de muerte... Y por otro lado, como rey, intentando gobernar de forma justa, casi impotente ante la corrupción y la tiranía ejercida por el abuelo, que le ha colocado como un títere a su servicio en el poder. Bien, no seguiré más para no hacer spoiler (ya va una buena carga del mismo).

Al final, él-ella, gracias al efecto y al afecto de su joven maestro tutor va venciendo sus terribles miedos (de ser asesinada en cualquier momento por el tirano) y se va mostrando como un perfecto ejemplo de gobernante justo, sabio, sacrificado, audaz, prudente y dispuesto a arrancar la mala hierba que mata al reino entregando si es necesario su vida para ello. La historia de amor entre la niña y luego protagonista con el joven maestro confuciano, dado el «cambio de género» del mismo para proteger el secreto y la vida suya y de varios de sus servidores, tiene pasajes muy divertidos. El famoso cantante Rowoon hace de tutor y maestro Jung, e incluso una de las canciones del repertorio es suya. La actriz, Park Eun bin, ganó el Top Excellence Award, Actress del 2021 de los Premios KBS Drama, y la serie obtuvo en el 2022 el 50 premio internacional Emmy como mejor telenovela del año.

Debido al culto a la belleza física tan exagerado en Corea del Sur, sus actores son antes modelos y la serie parece un desfile de Adonis y Pandoras, con sus pieles inmaculadas, con un cuidado skincare de diez pasos, sus ojos redondeados con artificio (y cirugía). Pero el efecto es ciertamente sorprendente, parecen «de otro mundo», un mundo paralelo o mítico, y sus miradas nos recuerdan las de los cuadros de la pintora de ojos grandes Margaret Keane, con su penetrante emotividad. El resultado es una serie que te hace reír, llorar, pensar, querer emular sus actos de sacrificio y grandeza, anhelar esos ritos sociales de tal delicadeza y sentimiento, de la más pura nobleza confuciana, con su Ren (humanidad), Li (armonía del cielo en las relaciones humanas), Yi (rectitud), Zhi (sabiduría y conocimiento) y Xin (sinceridad), que fueron pilares del mundo confuciano y lo son de la misma naturaleza humana. De ahí que el tan gran interés mundial por estas escenas del Imperio de Joseon sean un clamor silencioso del alma que quiere recuperar lo que siente que ha perdido.

Los protagonistas de Goo Hae-ryung, la historiadora novata





¿QUÉ ES LO BUENO Y QUÉ ES LO BELLO?: un repaso a través del tiempo

Montserrat Reboll

Ética y estética

Lo que entendemos por ética y estética no ha sido algo que se haya mantenido de manera fija a lo largo del tiempo, por lo que nos hemos ido encontrando con diferentes visiones que han ido apareciendo a través de las distintas civilizaciones. Estas han estado en su mayor parte determinadas por la historia, la literatura, la religión e incluso la ciencia.

Pero ha sido la filosofía y su escala de valores la que ha configurado de una manera casi absoluta los planteamientos de la ética y la estética a través de la evolución.

Es evidente que en nuestra sociedad se han perdido las actitudes éticas de los ciudadanos, siendo esta la raíz de muchos de sus males. La carencia de estos valores éticos y morales han hecho que el hombre se olvide de aquellos principios de generosidad, bondad, justicia...

El consumismo desmesurado, la tecnología, así como la globalización llevan al ser humano hacia un punto donde solo impera el egoísmo y sus propios intereses... Ha perdido la capacidad de sentir, de emocionarse ante la naturaleza o cualquier obra de arte. Se ha vuelto automático, mecanizado, pendiente solo de sus propias necesidades, dejando de lado lo más importante de su ser, su parte interna.

La ética y la estética están relacionadas porque sus principios buscan establecer un orden y una armonía en el mundo. Desde la ética se busca establecer principios y valores que guíen nuestras acciones para contribuir al bien común, mientras que desde la estética se busca encontrar una belleza y un equilibrio en el arte y en la vida en general.

La filosofía puede, de una manera práctica, volver a enseñarle al ser humano cuál es el camino que debe seguir. Enseñarle que posee una parte física y otra espiritual, que

pertenece a los dioses, y que, a través de sus experiencias y vivencias morales, éticas y estéticas, pueda volver a «reconocerse» como ese ser espiritual que algún día se transmutará en una verdadera dama y un verdadero caballero.

Qué es la ética

Cómo filósofos, eternos buscadores de la sabiduría, antes de adentrarnos en el mundo de la ética y su historia a través del tiempo debemos saber qué es la ética, cuál es su significado y su proceso de desarrollo a través de las diferentes civilizaciones.

¿Qué es la ética? La palabra ética proviene del latín *ethicus*, derivado de *ethos*, que significa 'carácter' o 'perteneciente al carácter'.

Pero antes de nada debemos diferenciar dos términos: ética y moral. La ética sería entonces una disciplina de la filosofía que estudia el comportamiento humano y su relación con las nociones del bien y del mal, el deber, la felicidad y el bienestar común.

La moral deriva de la palabra latina *moralis*, que significa 'relativo a las costumbres', y es el conjunto de normas, costumbres y hábitos establecidos para cada sociedad. Pero ¿cómo vamos a unir estas dos acepciones? Porque tanto la ética como la moral van a afianzar la base, a construir los cimientos de la conducta humana, enseñándonos las virtudes y la mejor manera de comportarnos.

Es decir, el ser humano tiene unas costumbres, unas normas establecidas, pero esto no nos garantiza que sean todas buenas y elevadas. Es aquí donde aparece la ética para tratar de que esas costumbres, esas normas, a través de enseñanzas y vivencias, sean lo más elevadas posibles, poniéndonos en contacto con los arquetipos atemporales del Bien, la Verdad, el Amor, la Belleza...

La ética se origina de la necesidad del ser humano de diferenciar lo bueno de lo malo, y de entender la forma en que nuestras conductas influyen en nuestra vida y en nuestro entorno.

La creación y aplicación de normas para establecer cierto orden social es uno de los primeros indicadores de esa necesidad. Se considera el código de Hammurabi el conjunto de leyes escritas más antiguo encontrado. En él se recogían una serie de normas y se penalizaban los actos considerados delitos o crímenes.

Aunque existen algunos antecedentes, como por ejemplo los conocidos papiros del antiguo Egipto, con reglas morales, se considera que la historia de la ética se origina cuando los antiguos filósofos griegos comenzaron a estudiar la ética como parte de la filosofía. Sócrates es considerado el padre de la ética, ya que todo su pensamiento giró en torno a una idea, el bien.

La ética en los griegos

La ética griega de todos los periodos gira, principalmente, en torno a dos términos, eudaimonia y areté, o bien, según su traducción tradicional, felicidad y virtud.

«Felicidad», el término que Aristóteles usa para designar el bien humano supremo, es la traducción habitual del griego eudaimonía. Aristóteles argumenta que los seres humanos deben tener una función que debe ser única de los humanos.

Por otro lado, nos habla de que hay dos clases de virtudes: morales e intelectuales. La virtud moral se expresa en acciones que evitan tanto el exceso como el defecto. Una persona con templanza, por ejemplo, evitará comer o beber en exceso, pero también evitará comer o beber demasiado poco. La virtud elige el medio entre el exceso y el defecto. El término medio que es distintivo de la virtud moral es determinado por la virtud intelectual de la sabiduría. La sabiduría, la virtud intelectual que es propia de la razón práctica, está inseparablemente vinculada con las virtudes morales de la parte afectiva del alma. Solo si se posee la virtud moral, se adoptará una receta apropiada para una vida buena. Solo si se está dotado de inteligencia, se hará una valoración correcta de las circunstancias en que debe hacerse su decisión.

Aristóteles estaba convencido de que la felicidad es el bien último o supremo al que se aspira, y que llevar una vida virtuosa y ética era condición imprescindible para ser feliz.

Es muy interesante la manera simbólica en que la escuela pitagórica aborda el tema de la felicidad, de la mano del símbolo y el mito. Para los pitagóricos, la plenitud del hombre estaba relacionada simbólicamente con los dioses Orfeo y Dionisos. Del primero vendría la idea de que el hombre puede lograr la felicidad a través de la belleza y la armonía, y de Dionisos se alcanzaría a través de la pureza y el entusiasmo.

De la unión de esos cuatro elementos surgía la felicidad en el hombre. De la belleza y de la armonía el hombre debía extraer la proporción. El hombre que se volvía armónico, es decir, bello, se volvía saludable. En el mito de Orfeo se nos habla del poder que tenía su lira, con cuya música era capaz de apaciguar la agresividad, de dominar a las fieras, provocar la paz, curar el alma, purificar la psique de la gente y curar las enfermedades. Esto encierra un gran simbolismo. El hombre que logra establecer una buena proporción interior, un equilibrio, de alguna manera vuelve a la salud, al centro, a la satisfacción interior y exterior. Además de esto se hablaba de la pureza y del entusiasmo de Dionisos.

Se relacionaba el entusiasmo como Dios en nosotros, como un fuego, una suerte de fuerza luminosa que pone brillo en todas las cosas, y que eleva la conciencia del hombre rompiendo todas las trabas, todas las miserias, todos los miedos (de ahí la idea del entusiasmo relacionado con el vino, como aquello que vence las barreras entre los seres humanos). La pureza era concebida como la carencia de imperfecciones, es decir, la carencia de elementos que son ajenos a nuestra naturaleza. Dionisos simbolizaría esa fusión entre entusiasmo y pureza.

Este planteamiento lleva a los pitagóricos a decir que el hombre feliz es el hombre sabio, pero entendiendo por sabio el que ha integrado dentro de sí pureza, entusiasmo, belleza y armonía, tomando entonces el concepto de sabiduría no como sinónimo de cantidad de conocimientos sino como el saberse conducir por la vida de acuerdo a las leyes del universo.

El ser humano tiene más posibilidades de felicidad en la medida en que sabe conducirse por la vida, y eso no es algo con lo que se nace, si bien puede existir predisposición, sino que es algo que se conquista, que hay que desarrollar, lo cual exige que el hombre se conozca a sí mismo. Esta felicidad, la del sabio, estaría en contraposición con la «felicidad» del ignorante que aún no tiene una clara noción de su existencia.



Platón plantea que la felicidad absoluta no se puede conseguir en esta vida, aunque el hombre puede acceder a un cierto grado de felicidad. Esa felicidad surge de su doble naturaleza, la celeste y la terrestre. Para Platón el ser humano es un ser que no pertenece a este mundo físico, sino que ha caído del mundo celeste, el mundo de las ideas, donde existe lo Bueno, lo Justo, lo Bello. Convivirían en el hombre una parte animal, fruto del contacto con este mundo físico, y otra parte celeste, que es el alma, que tiene las «alas quebradas», y ante determinadas cosas despierta, siente una especie de cosquilleo, de recuerdo. La satisfacción que proviene del contacto con cosas bellas y justas es un recuerdo que hace al alma añorar su patria celeste, el mundo de los arquetipos.

El hombre bruto, cuya alma está excesivamente dormida, entiende por felicidad la simple satisfacción de sus apetencias, pero para el que tiene el alma despierta y añora cosas que no puede ver, la felicidad va a ser la búsqueda de elementos afines a su naturaleza superior, y buscará no tanto el placer material, sino el placer del alma. Las almas más sensibles son más felices en la medida en que estén en contacto con la belleza o la justicia. Platón nos va a hablar también de que, en la combinación de esas dos partes, se mezclan varios metales: hierro, bronce, plata y oro, en proporciones distintas para cada ser humano. Lo importante es que cada uno encuentre y descubra su propia naturaleza, y se conozca a sí mismo para que pueda encontrar su destino.

Epicuro compara la filosofía con la medicina, con la misión de curar el alma, devolverle la salud que le ha sido arrebatada por las adversidades que trae consigo la existencia. Es mucho más que una teoría y un saber objetivo, es una actitud personal, una actividad que proporciona felicidad a la vida; que, a la manera de las medicinas al cuerpo, aporta salud al alma. La filosofía se presenta como la solución a los problemas que el hombre está enfrentando constantemente; por esto, la filosofía en Epicuro es algo que no se



queda encerrado en una academia o que queda escrita y guardada, sino un estilo de vida, que día a día se va construyendo a medida que se existe en el mundo.

La filosofía de Epicuro descansa en la necesidad de calmar la angustia del hombre corriente. Trata de combatir el miedo que el hombre siente, fundamentalmente por la conciencia de su mortalidad, convenciéndolo de que la muerte se inserta en el ciclo natural de las cosas, tratando de que acepte la mortalidad como algo desprovisto de elementos sobrenaturales y terroríficos, ya que la condición básica para disfrutar de la tranquilidad epicúrea es aceptar los hechos naturales tal como son.

Esto vale para aquellos que sienten que su vida es observada y manejada por las decisiones divinas, causando un temor constante a la hora de actuar en la cotidianidad buscando agradar a la divinidad y evitando enfurecerla con acciones indignas. Con respecto a la muerte, Epicuro está en contra de que el hombre se llene de intranquilidad y dolor por una realidad que aún no llega, de que el pensar en la muerte le nuble su presente y tenga así la visión de un dramático porvenir. Por esto recalca que no se debe temer, ya que hombre y muerte no se van a encontrar cara a cara. El peor de los males, la muerte, no significa nada para nosotros, porque mientras vivimos no existe, y cuando está presente nosotros no existimos. Así pues, la muerte no es real ni para los vivos ni para los muertos, ya que está lejos de los primeros y, cuando se acerca a los segundos, estos han desaparecido ya.

Podríamos seguir con muchos autores más, pero, aunque todos ellos tengan sus propias ideas y pensamientos sobre la ética y la moral, lo que tenemos que tener en cuenta como filósofos es que ellos vivieron una vida plena, y a pesar de todos los problemas lucharon por defender esas ideas. Pero, sobre todo, a su manera, trataron de que el ser humano fuera evolucionando, fuera elevando su conciencia para ponerse en contacto con su parte más elevada.

Estética

«Toda forma auténtica de arte es una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo» (Juan Pablo II).

La palabra estética deriva del griego *aisthetike*, que significa 'lo que se percibe mediante sensaciones' y que deviene del sustantivo *aisthesis*, 'sensibilidad'. Por ello, la estética es una rama de la filosofía que se caracteriza por estudiar la esencia de lo bello y de la percepción de la belleza del arte.

La estética no es un concepto inmutable, sino que cambia según los contextos históricos, geográficos o culturales. Lo que para una época o una cultura puede ser considerado bello o artístico, para otra puede ser visto como feo o vulgar. Los cánones de belleza han cambiado a lo largo del tiempo, así como los criterios para valorar una obra de arte.

El sentido de la belleza es algo innato desde la creación del hombre, y sus orígenes se remontan a la prehistoria. A través del arte y de los instrumentos de uso cotidiano que han llegado a nuestros días podemos distinguir cómo ya entonces existía una preocupación por la belleza.

Por ello, el concepto de estética y belleza ha ido evolucionando junto a la evolución del ser humano. Al principio quizá no se le daba demasiada importancia a la estética o belleza, pues toda su energía estaba destinada a la tarea de supervivencia

Con el tiempo, la supervivencia fue haciéndose más fácil y el ser humano empieza a desarrollar una sensibilidad hacia las formas que contempla, formas que no dudará en reproducir a su manera y que podemos contemplar en los monumentos, pinturas, y tumbas de la época. Estamos ante la aparición de la belleza y la estética.

Restos escultóricos nos muestran a mujeres con sus órganos reproductores muy marcados (pechos, vientres, caderas anchas) para, de alguna manera, facilitar el alumbramiento y, por ende, la perpetuación de la especie. Ellas eran el prototipo de belleza.

Con el arte paleolítico rupestre, la representación de lo real, animales salvajes en particular, alcanza tal grado de perfección que nos encontramos ante verdaderas obras maestras por la vivacidad y realismo de sus figuras. Estas pinturas rupestres nos muestran hasta qué punto el artista prehistórico domina ya la figuración; el dibujo de un bisonte expresa el conocimiento que el cazador prehistórico tiene de este animal.

Para los egipcios, el canon de belleza y estética estaba representado por la proporción y la armonía, lo cual ha quedado reflejado en todos sus monumentos y pinturas de la época.

El cuerpo humano debía estar armónicamente proporcionado y le daban especial relevancia a las pinturas y adornos tanto en las mujeres como en los hombres. La concepción de la belleza se manifiesta curiosamente en el arte dental egipcio, donde aparecen construcciones de dientes artificiales de marfil primorosamente tallados por artífices especializados; algunos de estos dientes han sido hallados en las tumbas de los faraones.

El concepto de belleza en Grecia no solo consideraba lo exterior de las formas del cuerpo humano, sino también la belleza del alma. Un ser humano bello debía conllevar un alma bella y un cuerpo armónico por las cualidades que los dioses poseían y que se extendían a los mortales.

Lo bello en el pensamiento griego se entendía como un concepto objetivo, lógico y racional, asociado a las leyes de la naturaleza. Para que la obra del hombre fuese considerada bella, esta debía responder a cánones semejantes a las leyes eternas que rigen el comportamiento de la naturaleza.

En la escuela pitagórica se creó una fuerte conexión entre las matemáticas y la belleza. Se dieron cuenta de que los objetos que poseen simetría son más llamativos; por ello, se entendía al cuerpo humano como símbolo de belleza si guardaba una relación simétrica en todas sus partes.

Aristóteles es capaz de definir la belleza como «aquello que, además de bueno, es agradable»; considera, de igual forma, que se puede encontrar belleza en aquellas cosas que no sean bellas, y lo sería entonces su imagen, no debiendo existir ningún tipo de censura, ya que incluso en las emociones más exageradas —la piedad o el miedo en una tragedia— se pueden llegar a reconsiderar estas emociones y, por lo tanto, convertirlas en bellas.

Por otra parte, Platón habla de una belleza real y una belleza abstracta, considerando la Belleza como una idea, que existe independientemente de las cosas bellas. En el mundo podremos ver la belleza, pero solo adentrándonos en ella podremos conocer la Belleza verdadera, que es aquella que reside en el espíritu. Lo terrenal, la belleza del mundo, es tan solo una manifestación de la belleza espiritual.

Para Platón el arte es una imitación, el artista copia lo que percibe, que, a la vez, es una imitación de la Forma verdadera. De manera que un artista está alejado dos veces de la Verdad.

Plotino, dentro de sus Eneádas, dedica tres tratados al tema de la estética: Nos dice que hay una belleza sensible, que puede ser captada a través de los sentidos de las cosas exteriormente bellas. Podemos ver lo bello, oler lo bello, sentir lo bello, es una belleza más física.

Por el contrario, hay una belleza superior que se puede percibir a través de los hábitos, las actitudes, las acciones, la generosidad, y también a través de la ciencia y la comprensión de las leyes naturales.

Y finalmente, nos habla de una belleza arquetípica, esa que Platón ubica en el mundo de las Ideas. De este arquetipo de belleza se desprende el resto de la belleza del mundo. Es decir, que como en todas las cosas, incluido el ser humano, vamos desde una parte material a una parte más elevada hasta que entramos en contacto con los arquetipos.

La estética medieval es principalmente teológica: la belleza sirve para expresar las verdades cristianas. La belleza está en la expresión, no en las formas.

En las figuras medievales se pierde interés por la realidad, las proporciones, la perspectiva. En cambio, se acentúa la expresión, sobre todo en la mirada; los personajes se simbolizan más que se representan. El arte tiene una función social, práctica,

didáctica. Es un arte simbólico, donde todos sus componentes (espacio, color, iconografía) tienen un significado, generalmente religioso.

En esta época, la belleza es comprendida y argumentada a partir del reconocimiento de que la belleza terrenal y su disfrute en la contemplación pueden hacernos perder, distraernos, de una belleza infinita más verdadera y única.

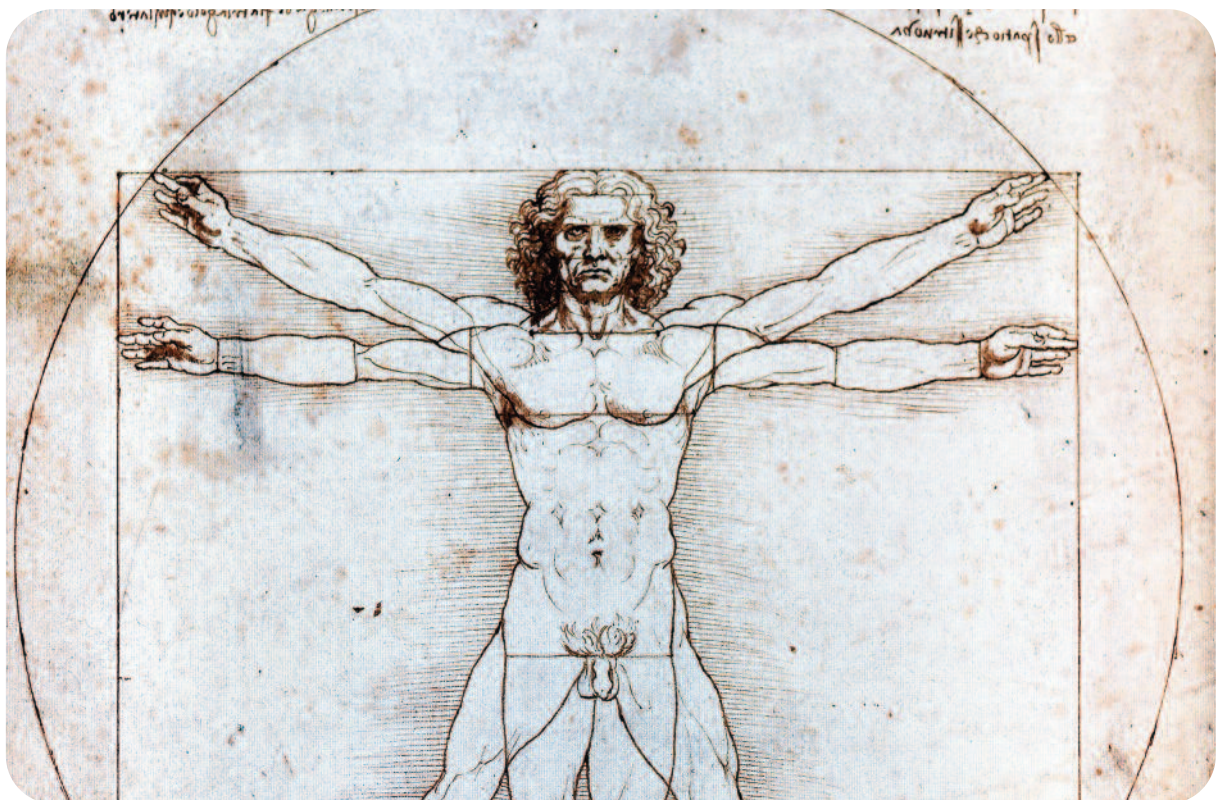
Renacimiento

El Renacimiento fue una explosión de pintura, escultura, ciencias y matemáticas. Los conceptos más básicos de esta época son conceptos ya establecidos en épocas anteriores. Las ideas estéticas del Renacimiento están basadas muchas de ellas en ideas vistas en Grecia, sobre todo en las de Platón. La estética renacentista es armonía y perfección.

Es bello todo lo que es conforme a la razón, pero también aquello que agrada a la vista, el aspecto de las cosas. La finalidad del arte es la belleza, y el medio para conseguirla es la «imitación». Aunque el arte tiene el inicio en la mente del artista, provoca conmoción en sus receptores. Para que el artista pueda conmover al público, tiene que experimentar conmociones, expresarlas y representarlas.

Durante esta época, se sigue conservando la concepción de belleza griega, se admira la medida, la grandeza y la claridad. Se adora las obras perfectas desde el punto de vista formal. Esta concepción racional se basaba en los cálculos, proporciones numéricas y modelos geométricos.

Sostenía que el hombre es la medida del arte, es lo que fija la escala. Los planos y proporciones de una iglesia tienen que corresponder a las proporciones y formas del cuerpo humano. Y el cuerpo humano bien construido debe estar formado por sencillas figuras geométricas.



Leonardo da Vinci fue pintor, escultor, arquitecto, ingeniero e inventor. Su profundo amor por el conocimiento hizo que tratase de abarcar todas las facetas tanto artísticas como científicas.

Su influencia más notable es la platónica. Hace especial énfasis en la luz, en la iluminación, en los volúmenes y en el brillo. Leonardo dijo en una ocasión: «Nunca se encontrará invento más bello, más sencillo o más económico que los de la naturaleza, pues en sus inventos nada falta y nada es superfluo».

Miguel Ángel, pintor, escultor y arquitecto, fue otro genio del Renacimiento. Autor de numerosas obras, como la Capilla Sixtina, el *David* o *La piedad*. él decía que la belleza externa de las cosas es reflejo de una belleza superior. Su obra responde a los ideales de estéticos de unidad, armonía y perfección.

Como anécdota, podemos citar que en su obra *La piedad*, que representa el momento en que la Virgen recoge el cuerpo de su hijo muerto, lo que se puede recalcar de esta perfecta obra de arte es la juventud de la Virgen, la cual se ve tan joven como el hijo. Sobre esto Miguel Ángel respondía: «las personas enamoradas de Dios no envejecen nunca».

Es decir, el ser humano que ha evolucionado, que ha ido elevando su conciencia tampoco envejece, porque sus sueños, su alma tampoco envejecen.



Epílogo

Hemos visto en este escueto trabajo cómo, de alguna manera, la ética y la estética van de la mano. Pero también somos conscientes de que hoy en día se han perdido muchos valores. Ni la estética es lo que era, ni la ética tampoco.

Por todas partes vemos los efectos, o mejor dicho los defectos, de esta falta de valores. La ética nos habla de corrupción e incluso hay agresiones verbales y físicas.

La estética sigue el mismo camino. Aunque una minoría sigue visitando los museos y deleitándose con verdaderas obras de arte, la mayoría llaman arte a cualquier cosa, y se pagan enormes sumas de dinero por cuadros y esculturas de autores que no tienen pies ni cabeza, que no sabes cómo mirarlas, y a veces peor aún, sin saber con qué están pintadas.

Pero en todas las civilizaciones ha habido etapas de auge y etapas de decadencia. Etapas en las que las civilizaciones mueren de alguna manera, para poder resurgir con más fuerza.

Entonces, ¿no podemos hacer nada, debemos conformarnos con esta mediocridad, con esta falta de valores? Rotundamente no, no debemos conformarnos.

Pero la filosofía ¿por dónde empieza? Obviamente por abajo, por el ser humano. ¿Cómo? Enseñándole una filosofía práctica que lo lleve a conocerse, a comprenderse, a conocer las leyes de la naturaleza y del universo. Que poco a poco vaya conociendo sus miedos, sus defectos, sus virtudes, y enseñándole también que existen unos arquetipos atemporales para que poco a poco pueda elevarse un poco más hacia esos ideales.

Cuando vayamos de alguna manera transmutándonos, empezaremos a darnos cuenta de que no somos un hombre o una mujer, sino una dama y un caballero que están dispuestos otra vez para la lucha. Para esa lucha de volver a traer de nuevo los valores atemporales, donde vuelvan a reinar otra vez lo bueno, lo bello, lo justo, lo noble, donde la ética y la estética se vuelvan a unir de nuevo y donde triunfen nuevamente esos arquetipos.

La estética volverá a ser bella porque no solamente será reflejo de la belleza de su arquetipo, sino que también será reflejo de una moral y una ética también bellas. Porque no puede haber belleza fuera si no hay belleza dentro. Tratemos de ser cada día un poco más buenos, un poco más justos, un poco más bellos.

Nos dice Plotino que: «los hábitos, costumbres y virtudes bellas como la solidaridad, la justicia, la generosidad o la templanza nos despiertan y nos permiten captar esa belleza arquetípica».

Bibliografía

La República. Platón. Ed. Alianza.

Manual de estoicismo. Epicteto. Ed. Edaf.

Ética nicomáquea. Aristóteles. Ed. Gredos.

Introducción a la ética griega. Christopher Rowe. Ed. F. C. E..

Obras completas. Epicuro. Ed. Cátedra.

Muy Interesante Historia, n.º 04, «Orígenes del pensamiento griego».

Muy Interesante Historia, n.º 166, «La Edad de Oro de Grecia».



Viejas tradiciones del ÁRBOL DE MAYO

Instituto Hermes Francia

La tradición del árbol de mayo es un rito de fertilidad ligado al regreso del follaje de los árboles. Consiste en plantar un árbol, o un poste que lo represente, durante el mes de mayo. Extendida por toda Europa, esta tradición tiene diferentes variantes y variaciones de su nombre: árbol de la alegría o árbol de mayo, mayo verde, el mayo, árbol individual, árbol del amor.

La noche del 30 de abril al 1 de mayo es cuando esta antigua tradición requiere que se traiga un árbol del bosque y se lo coloque en el centro del pueblo. Esta fiesta celebra la resurrección del mundo vegetal y la vida universal, y tiene la función de estimular las fuerzas reproductivas de la tierra.

Este rito de fertilidad, ligado al retorno del follaje, marca también el paso de una estación a otra. Alrededor del árbol de la renovación, plantado en la plaza central del pueblo, decorado con flores, guirnaldas y cintas, la población se reúne para festejarlo durante todo el mes de mayo. Los árboles de mayo también se plantan delante de las iglesias y en las plazas públicas.

Se quema el árbol del año anterior y sus cenizas, recogidas cuidadosamente, tienen fama de tener propiedades fertilizantes.

Orígenes egipcios y griegos

El simbolismo del árbol de mayo está vinculado al arquetipo del árbol de la vida, el árbol como eje del mundo tan bien descrito por Mircea Eliade, o el Árbol del Mundo. El Árbol del Mundo es un símbolo que hace referencia, en varias mitologías, a la existencia de un árbol cósmico que une las diferentes partes del universo, los mundos celeste, terrestre y subterráneo.

En el antiguo Egipto, la erección del pilar djed se realizaba durante las importantísimas fiestas del mes de Khoiak. Las cintas de momificación se utilizaban para reconstituir el cuerpo desmembrado de Osiris. La erección del pilar djed representaba simbólicamente la capacidad de regeneración del dios.

Originalmente, según el egiptólogo Georges Posener, el símbolo del pilar djed se interpreta a veces como una representación estilizada de un árbol en flor o de un árbol sin ramas, o como un poste formado por haces de tallos de plantas (tal vez una gavilla alta de cereales), o incluso como una estaca con muescas; por último, sería una evocación de una columna vertebral, la columna de un bóvido. En el Reino Nuevo, se identificaba claramente con la columna vertebral del cuerpo de Osiris. En cualquier caso, este talismán desempeñaba un papel en los ritos de fertilidad y, por asimilación al mito osiriano, simboliza la resurrección.

En la antigua Grecia, las ménades (bacantes para los romanos) realizan una danza de mayo a base de cintas para reconstituir el cuerpo de Zagreus/Dionisio, que fue cortado en pedazos por los titanes, lo que también recuerda al mito de Osiris. Así, en la cerámica griega del siglo V a. C., Dioniso es representado como un árbol vestido y enmascarado, coronado y rodeado de ménades que envuelven su cuerpo desmembrado con cintas de hojas y flores.

Como vemos, existe una asociación muy antigua en esta tradición entre el mástil y las cintas multicolores. El poste simboliza el eje del mundo, la verticalidad, la inmovilidad; se asocia al espacio; las cintas y la danza que las acompaña representan el movimiento, el tiempo, las estaciones, la horizontalidad. La unión de ambos simboliza el espacio-tiempo vivo y constantemente renovado.

Los componentes del árbol de mayo

El mástil, también llamado el mayo, da coherencia y solidez al cosmos: representa el árbol, el centro del mundo, que resume y simboliza.

El Pommeau es la manzana de Apolo y, entre los provenzales, el Sol en el centro y punto más alto del mayo y, sin duda, estaba hecho de una bola de ámbar.

Las pequeñas cintas que forman la parte cónica representan el río de estrellas, la bóveda celeste de Urano, y más particularmente, el puente o arco iris, el camino ascensional del alma.

La corona simboliza el límite del mundo estelar visible.

Las grandes cintas se espiralizarán o trenzarán a lo largo del mes de mayo por la doble danza serpentina, de la misma forma que quedó en el caduceo de Mercurio.

Esta danza de cintas trenzadas alrededor del poste simboliza la Rueda de la Vida, los ciclos estacionales y el destino en torno al paso del tiempo.

La tradición del árbol de mayo sigue viva en Francia en muchas regiones, como veremos ahora.

UNA TRADICIÓN VIVA EN FRANCIA: PROVENZA

En Cucuron, en el Vaucluse, el árbol de mayo se planta el sábado que sigue al 21 de mayo. Se trata de un álamo que debe ser más alto que la torre de la iglesia. Se pasea por

la ciudad con un niño sentado en ella («l'enseigne»). Una vez erigido el árbol frente a la iglesia, se celebra una gran fiesta popular, tanto pagana (culto a la primavera) como cristiana, en honor a Santa Tulle, patrona de Cucuron, que salvó a la ciudad de la peste en 1720. Permanecerá plantado hasta el 15 de agosto.

En Varages, en el Var, el árbol de mayo se corta durante la noche del 30 de abril al 1 de mayo en un lugar secreto y se carga sobre la espalda de hombres hasta la plaza de la iglesia donde se erige. A continuación, permanece en su lugar durante un mes y, con motivo de la fiesta de San Fotín (primer domingo de junio), el árbol se lleva de nuevo a la capilla de San-Foutin, que domina el pueblo. Esta singular subida es compartida por los numerosos portadores que desean honrar al santo patrón, así como los colores del pueblo. El día de San Juan, el árbol se corta y se prepara como una hoguera para el fuego tradicional.

En la Provenza, la danza alrededor del mástil se sigue practicando hoy en día, y se llama la danza de las cordeles.

LA DANZA DE LAS CUERDAS

Danza de origen arcaico, asociada al Árbol Cósmico, esta danza representa el tejido de la vida en torno al eje del mundo que une el cielo y la tierra. La danza se realiza alrededor de un poste al que se atan cintas multicolores; los bailarines tejen y destejen las cintas durante la danza. Es una danza de la fertilidad vinculada a la tradición del árbol de mayo. Más tarde se convirtió en el baile del oficio de los cordeleros, fabricantes de encajes, cuerdas y cintas. Esta danza de los cordeles está muy extendida en muchos otros países además de Francia, sobre todo en Alemania y Austria.

EN ALSACIA Y EL ESTE DE FRANCIA

En Alsacia, el árbol de mayo se llama TanneMaie. En los pueblos del este de Francia existe la tradición del árbol de mayo, el árbol del amor. Se trata de un árbol joven o una rama, generalmente de haya, que los jóvenes colocan delante de la puerta o contra la pared de la casa de las jóvenes que van a casarse, durante la noche del 30 de abril al 1 de mayo para honrarlas. En agradecimiento, para «regar» su mayo, las chicas ofrecen pasteles y bebidas. La fuente también está decorada con un árbol joven para asegurar, según la tradición oral, que fluya durante todo el año.

Esa noche también se aprovecha para desahogarse y armar jaleo, un alboroto con estruendo bajo las ventanas de los malhumorados, y desplazar los objetos más diversos: macetas, persianas, pórticos, bancos, material agrícola, un montón de madera... ¡A todos les toca al día siguiente recuperar su propiedad!

EN EL SUROESTE

En las Landas de Gascuña, el 1 de mayo es la ocasión de plantar el árbol de mayo. Por lo general, se planta en honor de una persona: dieciocho años, edad redonda (veinte, treinta...), jubilación, nacimiento, un grupo de personas (matrimonio) o en honor de los cargos electos locales. Tradicionalmente, el árbol (un pino decorado o un mayo) se planta delante de la casa de la persona en su ausencia. Después, la persona invita a la gente a tomar un trago. Más tarde, cuando el árbol muere, y más generalmente en

otoño, se retira el árbol y esto es una excusa para hacer un segundo aperitivo o fiesta. Esta tradición contribuye a reforzar los lazos con el propio barrio, como ocurre con las fiestas de barrio.

En Corrèze, pero también en Gironde, Dordoña, Lot y Lemosín, se mantiene la costumbre de plantar un árbol de mayo en honor de los cargos electos locales. Los hombres van a buscar el árbol en el bosque. Luego lo decoran con banderas, cintas y un cartel con la inscripción «Honor a nuestro representante elegido». A continuación, el árbol se erige frente a la casa del representante elegido, que, como agradecimiento, debe agasajar generosamente a sus votantes.

Según el lugar, esta tradición se ha extendido a los jefes de una pequeña empresa («Honor al jefe»), a las parejas recién instaladas en una casa y a los novios. En este último caso, el árbol se planta unas semanas antes de la boda y es la ocasión de una celebración menos formal entre los habitantes del pueblo. A veces se entierran una o varias botellas al pie del árbol. Se beben cuando nace el primer hijo.

EN BRETAÑA

En la tradición celta, el 1 de mayo es el día de la fiesta de Beltaine o Beltane, la fecha en la que los celtas pasaban de la estación oscura a la estación luminosa. Beltaine es la tercera de las cuatro grandes fiestas religiosas del año celta protohistórico, que se celebra el 1 de mayo. Está relacionada con Belenos, Lug y Belisama. El ritual principal de Beltaine consiste en hogueras encendidas por los druidas por donde pasaba el ganado para que estuviera protegido de las epidemias durante el año siguiente. En general, es una fiesta de cambio de ritmo de vida. Del ritmo de invierno se pasa al de verano. La fiesta marca esta transición tanto física como espiritualmente.



El baile alrededor de un palo de mayo es uno de los momentos más destacados de la fiesta: se planta un gran palo en la tierra para fertilizarla; se atan cintas de todos los colores a su parte superior, y cada participante gira alrededor del palo con una cinta en la mano.

El palo de mayo se hace tradicionalmente de abedul. Se trata de un gran tronco de árbol de varios metros de altura. Se planta en el suelo, se cuelga de la parte superior una hermosa corona de flores y se le colocan anillos metálicos para atar cintas de diferentes colores.

El palo de mayo es una máquina de tejer gigante donde cada participante es como una aguja, se pasa por encima, por debajo... Con músicos, violinistas, arpistas y flautistas, la fiesta se anima aún más.

A continuación desarrollaremos un ejemplo muy famoso de este ritual del árbol de mayo. Se trata del ritual del árbol de mayo de Locronan, en Bretaña, que figura en el Inventario del Patrimonio Cultural Inmaterial de Francia.

EL RITO DEL ÁRBOL DE MAYO EN LOCRONAN, FINISTERRE

En Locronan, cada año se tala un árbol de mayo antes de transportarlo y plantarlo el primer sábado de mayo. Se trata de un haya que se erige en la plaza principal para celebrar la llegada de la temporada de verano. Este árbol se talará en junio para el solsticio de verano.

La tala del árbol de mayo, en junio, es objeto de festejos muy concurridos por los habitantes. A los jóvenes de diecinueve años, chicos y chicas, se les encomienda la tarea de talar el árbol que se ha levantado unas semanas antes, utilizando sus brazos y una sierra de dos mangos. Muchos espectadores se acercan a animarles, y a veces a



ayudarles en su tarea tan física. Los músicos aficionados acompañan la escena con música.

El tronco se subasta y las ramas se utilizan para la hoguera de San Juan. Tradicionalmente, los jóvenes se encargan de la plantación y la tala, pero hoy en día muchos ya no responden al llamado y, aunque la práctica no tiene dificultades para continuar, ha evolucionado hacia todo tipo de población.

Esta tradición del árbol de mayo forma parte de las prácticas rituales que se realizan en mayo con motivo de las «calendas de mayo». De hecho, el calendario bretón se divide en dos partes, los «calendarios de mayo» (Kala-mae) y los «calendarios de invierno» (Kala-goañv). Cada entrada en los calendarios se celebra con rituales.

El calendario celta también marca la fecha del solsticio de verano, que se caracteriza por el encendido de una gran hoguera. Esta práctica se asocia con el árbol de mayo, ya que el árbol plantado a principios de mayo se tala y se quema durante el fuego de San Juan. Además, la elección de la variedad de árbol no se deja al azar. Es un haya, porque es uno de los árboles sagrados de la civilización celta. También simboliza la renovación de la naturaleza por la temprana aparición de sus hojas.

LA PROHIBICIÓN DE LA IGLESIA

Este culto al árbol sagrado fue fuertemente combatido por Carlomagno y la Iglesia, que querían acabar con esta tradición pagana. Fue en el Concilio de Milán de 1579 cuando la Iglesia católica prohibió esta tradición pagana y sus ritos conexos, estipulando que «el primer día de mayo, fiesta de los apóstoles Santiago y Felipe, no se corten los árboles con sus ramas, se paseen por las calles y cruces, y se planten luego con ceremonias insensatas y ridículas».

A pesar de esta oposición, el árbol del primero de mayo y sus costumbres han sobrevivido hasta nuestros días. Pero hay que decir que esta tradición se ha transformado la mayoría de las veces en un rito republicano y secular.

Árboles de la libertad

En la época de la Revolución francesa, tal vez para imitar lo que se había hecho en Estados Unidos tras la Guerra de la Independencia con los postes de la libertad, se extendió en Francia la costumbre de plantar ceremoniosamente un árbol joven en la plaza del pueblo. Estos árboles eran, como hemos visto, los herederos de los árboles de mayo. La plantación de estos árboles de la libertad se hacía con gran solemnidad, y siempre iba acompañada de ceremonias y regocijos populares en los que participaban con el mismo entusiasmo patriótico todas las autoridades, magistrados, administradores e incluso el clero. Adornados con flores, cintas tricolores, banderas y cartelas con lemas patrióticos, estos árboles servían de estación para procesiones y celebraciones cívicas.

Los árboles de la libertad fueron escenario de innumerables celebraciones populares todavía teñidas de paganismo, especialmente las que marcaban los ritos de paso, el nacimiento, la iniciación de los adolescentes, el matrimonio y la muerte; para los republicanos, estaban muy cargados de simbolismo, y eran objeto de celosos cuidados

y sentimientos piadosos, como atestiguan tanto los discursos oficiales como las deliberaciones municipales durante el periodo revolucionario.

Cada pueblo tenía su propio árbol: en 1792, había sesenta mil árboles de la libertad en Francia, principalmente robles, pero también olmos y tilos. El naturalista Thouin había elaborado una lista de árboles que podían convertirse en «árboles de la libertad».

Considerados como monumentos públicos, eran mantenidos por los habitantes con un cuidado religioso; la más mínima mutilación era considerada una profanación. Inscripciones en verso y en prosa, coplas y estrofas patrióticas atestiguan la veneración de la población local por estos emblemas revolucionarios.

Entre 1798 y 1800, estos árboles revolucionarios se convirtieron en el objetivo de la Restauración y muchos fueron masacrados. En 1848, se produjo una nueva oleada de plantación de árboles de la libertad, pero se interrumpió rápidamente. Todos los árboles de la libertad de París fueron arrancados en 1849. Tras la Liberación, la tradición se recuperó con la plantación de muchos árboles de la victoria, que a menudo eran olmos.

Hoy en día, persiste la costumbre, sobre todo en la Francia occitana, de plantar un árbol decorado con un sombrero en honor de los nuevos cargos municipales; estos árboles simbolizan la autoridad sagrada que la comunidad reconoce, en nombre de los antepasados, en los hombres que ha elegido para representarla.

La etnóloga de Correze Marie-France Houdart, autora del libro *Arbres de Mai, mai de l'élú(e)*, escribe :

«Esta tradición tiene un origen mítico, y cada año simboliza la renovación de la vegetación y el retorno del ciclo de la naturaleza. Celebramos el regreso de la vegetación, el matrimonio de las niñas y la renovación del poder. Una tradición que ha evolucionado con el tiempo y a través de las épocas. Durante la Revolución, el árbol de mayo se convirtió en un símbolo de la toma del poder por parte de los campesinos. Cuando los revolucionarios vieron que los privilegios no se abolían, fueron a cortar árboles en los bosques señoriales y los plantaron delante de las casas de los señores y de los eclesiásticos. Dijeron: "¡Ahora mandamos nosotros!" A partir de entonces, a través de este gesto se le decía al elegido: te hemos dado nuestros votos, debes hacernos un favor. A cambio, el representante elegido debe recibir y tratar generosamente a la población».

Bibliografía

Lo sagrado y lo profano, Mircea Eliade, Folio, 1987.

Traité d'histoire des religions, Mircea Eliade, Payot, 1989.

«El pilar Djed, el extraño fetiche prehistórico», Georges Posener, revista *Pharaon, la revista del Egipto eterno*, 4 de enero de 2017.

La symbolique de la Provence, Brigitte Boudon, Editions du Huitième Jour, 2006.

Le symbolisme de l'arbre, Brigitte Boudon, Editions du Huitième Jour, 2008.

Fiestas y tradiciones de Francia, Alain-François Lesacher, 2003.

Pequeño manual de tradiciones y costumbres, Delphine Dupuis, 2012.



Quizás cuando en las *Profecías*¹ de Juan XXIII leemos casi al final, «Siete de Grecia al mundo, después de la visión. Y palabras nuevas conquistarán la tierra. Repetidas por Cristo. Repetidas por sus nuevos hijos. Será un momento de renacimiento y de grandes cánticos», quizás se refiera a los mismos siete sabios griegos que vemos representados en un gran mosaico en el Museo Arqueológico Nacional en Mérida.

Recordemos que estos siete sabios griegos, entre los que se incluye a Tales de Mileto, Solón de Atenas, Cléobulo de Lindos, Biante de Priene, Periandro de Corinto, Pítaco de Mitilene y Quilón el lacedemonio, son un nombre genérico, dado que la lista incluye unas veces a unos nombres y otras a otros, aunque algunos como Tales de Mileto están siempre. Es quizás una forma de representar a los sabios perfectos (o sea, grandes Iniciados) que estuvieron detrás del renacimiento del alma griega y de su *paideia*, y cuya acción floreció en el siglo de oro de Pericles extendiendo su perfume por todo el helenismo alejandrino, romano e incluso durante la Edad Media, el Renacimiento y después. La acción de estos misteriosos y ocultos siete sabios griegos sería evidente en el llamado nacimiento de la filosofía con los presocráticos, y quizás algunos de los nombres referidos (Tales, Quilón...) sean los suyos realmente o los de sus discípulos.

Si la profecía de Juan XXIII es cierta, habiendo sido la visión en 1935, indicaría la presencia creciente de su alma y sabiduría en un nuevo impulso y conformando núcleos que se conviertan en guardianes y corazón expansivo de los valores eternos que, precisamente, atribuimos al alma griega, tan bien condensada en la Acrópolis de Atenas, y en máximas como «Guarda la medida», «Conócete a ti mismo», «No tengas prisa por hablar jamás», «Nada en exceso», «No desees lo imposible», etc.

¹ Asombroso libro de revelaciones entregadas al periodista italiano Pier Carpi por un extraño, y pronunciadas en trance, según el mismo, por quien luego sería el papa Juan XXIII (Angelo Rocalli).

Los siete sabios han sido repetidamente evocados en mosaicos, como este de Mérida, o junto a Sócrates (que se convertiría así en un octavo), rodeando a la musa Calíope, en Baalbek.

Afortunadamente, en este mosaico no hay ninguna duda, pues los nombres de los sabios aparecen en sus letras griegas junto a ellos.

El mosaico fue descubierto en 1982 en una casa romana cercana al foro provincial de Mérida. Como vemos en la imagen, está enmarcado por una serie de bandas y motivos de hojas de hiedra (símbolo de la inmortalidad), flores de cuatro pétalos formadas por círculos secantes, triángulos dentellados, ajedrezados blancos y negros con pequeñas flores o rosáceas en el centro, y formas como de baldosas con cruces, en cuadrados blancos inscritos en otros negros. Los siete sabios griegos forman el «cielo» de la composición, y el tamaño de las figuras es mayor. Simbólicamente indican lo que sucede en el mundo real, de las causas, en lo inteligible, que es donde está viva su presencia.

La «tierra» de la escena, el aquí y el ahora, es la parte inferior del mismo mosaico, y es lo que sucede en el tiempo, en el reino de las causas y efectos que se suceden, entrelazándose.

Esta escena del mosaico ha sido interpretada como un encuentro entre Agamenón, a la izquierda, Aquiles guiado por Ulises y una dama a quien se identifica con Briseida. Así lo dijo en el año 1988 el especialista Jose María Álvarez Martínez, y a partir de ahí, todos han repetido sin ninguna duda ni examen real la escena.

Pero lo primero que debemos destacar es que el mismo José María Álvarez no lo tiene muy claro, y duda en su artículo sobre si será o no. No hay ninguna escena en la *Ilíada* que se corresponda con esta imagen. No tiene claro si el gesto de la mano derecha es una amenaza o un saludo (que es lo que más parece). Semánticamente es incongruente, porque Aquiles nunca dio explicaciones ni disculpas ni amenazó a Agamenón, simplemente consideró injusta su decisión, y no quiso combatir. «Canta, oh diosa, la cólera del Peleida Aquiles...». No lo menciona, pero tampoco tiene sentido que destaque los nombres de los siete sabios griegos y no indique quiénes son los que están en la parte inferior de la escena, pues los héroes homéricos no eran considerados menos que



los sabios griegos en el mundo romano, y menos en el griego. Que al mosaico se le fecha a finales del siglo III o en el siglo IV d. C. no varía esto.

Examinando con atención el mosaico, veo claramente que no está alzando la mano en amenaza, ni saludando a la manera romana, sino que está ¡haciendo un juramento! Se observan perfectamente los dedos meñique y anular plegados, y apuntando con el índice y el medio, según fue siempre y aún es gesto de juramento y bendición. Un gesto poderoso y polivalente en significados actualmente, que lo vemos en el cetro de los reyes de Francia, o, por ejemplo, en el cuadro de *El Salvador del Mundo* de Leonardo da Vinci.

Esto exige un giro de 180 grados en la interpretación del Mosaico de los Siete Sabios de Mérida. Parece claro que lo más importante son, en sí mismos, «los siete sabios griegos», concepto casi equivalente a Alma Griega o Sabiduría en Acción (simbolizada por la misma diosa Atenea), y que la escena inferior está supeditada, o que se hace en función de los mismos.

Por otro lado, la figura de la izquierda es más grande que las otras. Salvo la dama, los tres están casi desnudos. Recordemos que, en la Antigüedad clásica, las representaciones desnudas indicaban a los dioses, o en este caso la condición divina. Ocasionalmente, los héroes (como hijos de los dioses) o el emperador podían aparecer desnudos o casi. Creo que en este mosaico se refiere, no a la persona, sino al alma divina de las figuras que están en el medio, pues es en una ceremonia de juramento y consagración. Y la más grande sería el mismo dios Marte, con su casco, su lanza y puesto el pie sobre una roca (dominio del espíritu sobre la Smateria o de la actividad sobre la inercia), un gesto de poder, de gran combatividad y, no solo el arte antiguo, sino incluso la imaginería popular actual representan así al dios de la guerra o a quien le emula. El gesto de dominio viril, marcial, de quien ha subido a la montaña, a la roca, y se mantiene en ella contra todos los enemigos. O de quien la guarda, rodeada en llamas, como Wotan, velando el sueño de la valquiria Brunhilde, la Sabiduría, el equivalente germánico de la diosa griega Atenea.

Siendo esto así, la escena evocaría una ceremonia de consagración al dios Marte, del impulso del alma, pero ante los ojos de la Sabiduría. O sea, un juramento para combatir por las causas de la sabiduría, que son las de la justicia, la bondad y la verdadera belleza, ya que con los clásicos podemos afirmar que la sabiduría es el alma encarnada y activa de todas ellas. Repito, una consagración del poder del alma y de su ímpetu, el dios Marte-Dionisos, para combatir por lo que un místico dijo que es «el plan de Dios», la evolución, el progreso anímico y real de la humanidad. Allí está el joven que se consagra, ahí está el más maduro y experimentado, quien le guía ante el dios, y la dama, que como en los ritos de caballería representa, como dice el Quijote con Dulcinea, el alma misma del caballero que se consagra a la justicia, el doble luminoso que acompaña sus actos más heroicos y esforzados, «la humilde vigía de los pasos de un guerrero» de la bella canción que le es dedicada. Los actos de quien combate por la sabiduría irán «iluminando todos los colores de su velo».

Los siete sabios y lo que significan hacen de bóveda del templo, como en la bóveda de la noche los mil ojos de eternidad que nos sonrían y guían en medio de nuestra difícil jornada. Porque en esta concepción filosófica y misteriosa, el alma siempre es un peregrino que retorna a casa. La suma de todos los caminos de retorno del alma humana es lo que llamamos «evolución».



www.revistaesfinge.com